

EL CARNAVAL DE LOS MUERTOS

BURTON HARE

—Espera —murmuró—. Hay sangre aquí.

—¿Qué?

—La sangre tiene un olor peculiar…, un olor dulzón, a cobre viejo…

Impresionado a su pesar, Campbell sacó el revólver y tanteó la pared a un lado de la puerta. Sus dedos se cerraron sobre el interruptor de la luz.

Cuando la lámpara del techo brilló, las huellas sobre la alfombra blanca resaltaron como pintadas en vivo color rojo.

El policía contuvo el silencio. Tras él, Max gruñó:

—Esas huellas son de mujer… y vienen del dormitorio.

—La escena se repite, Campbell…, corregida y aumentada.

Cierran la puerta y tratan de no pisar ninguna huella. Avanzaron uno tras otro. No se sorprendieron demasiado al ver el horrendo cuadro del dormitorio, y aquel nuevo mar de sangre que lo inundaba todo procedente de la garganta devorada de un hombre que se había hecho matar justamente en lo que fuera un nido de amor…



Burton Hare

El carnaval de los muertos

Bolsilibros: Selección Terror - 188

ePub r1.0
xico_weno 20.10.17

Título original: *El carnaval de los muertos*
Burton Hare, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—ESTAS cosas no suceden en medio de un parque —dijo el joven que se apoyaba pesadamente en el mostrador.

El hombre gordo sudaba a mares y tenía la mirada turbia de los borrachos. Pero aquella mirada estaba también desorbitada, llena de horror.

—¡Le juro que lo vi! —insistió.

Luego se agarró al vaso como si fuera una tabla de salvación y lo vació de un trago.

Estuvo a punto de caerse de espaldas y hubo de apoyarse contra la barra.

El joven sacudió la cabeza. Bebió un sorbo de *whisky* y chascó la lengua.

—Yo puedo estar borracho —dijo filosóficamente—, pero no loco. Y sólo un loco de remate creería esa tontería. ¡Una mujer desnuda… haciendo eso! ¿Por quién me toma?

El gordo dejó escapar un quejido.

—Estaba allí, desnuda…, blanca como la leche…

—En el parque…

—Sí.

El joven se rió entre dientes.

—Amigo, si en su estado encuentra usted a una dama desnuda, seguro que no la deja escapar. La atrapa sin remedio.

—No se burle. Fue espantoso.

—Ninguna mujer desnuda es espantosa. A menos que sea vieja y cochambrosa, y…

—¡Lo que hizo, quiero decir!

—Sí, ya lo contó antes. No lo repita, es algo idiota.

El joven llamó al mozo y le pidió otro vaso.

—¿Y usted? —preguntó el mozo al hombre gordo.

—Sí… Lo necesito. Voy a llamar a la policía.

—Allá usted si quiere meterse en líos.

El mozo trajo la botella y llenó otra vez los vasos de sus dos únicos clientes.

El joven le preguntó:

—¿Oíste lo que dijo este tipo, Willy?

—Nunca oigo las conversaciones de los clientes, señor Timbel. Acabaría chiflado sin remedio.

—Claro.

Timbel bebió un sorbo. Se tambaleó sobre los pies y pensó que las paredes ondulaban ante sus ojos como las de un mar embravecido.

—Creo que he bebido demasiado —confesó.

—El pobre tipo ni siquiera pudo defenderse…, fue algo fulminante, créame —dijo el hombre gordo.

—Hombre, si a mí me echara el lazo una mujer desnuda tampoco pensaría en defenderme. Pondría algo de mi parte por lo menos para complacerla.

El gordo casi sollozó.

—¡Voy a llamar a la policía! —insistió.

Pero no se movió del mostrador porque allí estaba el vaso lleno.

Lo vació como si tuviera prisa por caer redondo al suelo.

Max Timbel señaló el fondo del local.

—El teléfono está ahí, amigo.

—¿Qué?

—El teléfono.

—Voy a llamar a los polizontes…

Se apartó del mostrador como si flotara. Timbel le siguió con la mirada esperando verle desplomarse de un momento a otro.

Willy, el mozo, comentó:

—Los hay cargantes. No saben beber.

—Eso es una gran verdad —asintió Timbel.

El gordo llegó a la cabina y tuvo dificultades con la puerta. Luego, buscó monedas en sus bolsillos y las colocó en la ranura.

Entonces debió darse cuenta que no sabía el número de la policía. Soltó el auricular, que quedó balanceándose al extremo del cable y comenzó a pasar las páginas de la guía.

Max Timbel chascó la lengua.

—Se la va a ganar —comentó—. Cuando los policías oigan ese

cuento le sacuden en toda la cresta…

El hombre gordo acabó discando un número. Le vieron hablar excitadamente con la puerta de la cabina cenada. Hubo de añadir nuevas monedas al aparato antes de que se diera por satisfecho.

Colgó el auricular y se quedó quieto un rato, jadeando.

Luego, poco a poco, sus piernas cedieron y fue deslizándose al suelo con la espalda pegada a la cabina.

Resultó el movimiento de una escena cinematográfica a cámara lenta, algo cómico.

Timbel rió entre dientes.

—Tienes un huésped para la noche, Willy —comentó.

—Si yo no fuera un sentimental, ahora le arrojaría a la calle a puntapiés…, pero lo echaré cuando cierre así reviente.

—¿Sabes lo que dice haber visto?

—Algo de una fulana desnuda.

—Ni más ni menos. Asesinando a un tipo a dentelladas, en el parque.

—Apuesto que eran una pareja haciéndose el amor. Los vio besándose, seguro.

—Quizá. Pero no creo que ella accediera a ello aunque sea medianoche, y con esta lluvia.

—Uno nunca sabe, señor Timbel. Se ha perdido la decencia en la actualidad.

Teniendo en cuenta que el bar estaba decorado de arriba abajo con fotografías de mujeres sin ropa, esa lamentación del mozo resultaba, por lo menos, chocante.

Timbel cabeceó. Buscó en sus bolsillos hasta encontrar unos billetes y pagó el gasto.

—¿Quiere otro trago, señor Timbel? A cuenta de la casa esta vez.

—Bueno, pero sólo uno o de lo contrario deberás llevarme a casa en volandas.

—Usted aguanta bien.

El mozo trajo dos vasos limpios y los llenó. Bebieron en silencio y luego dijo:

—Creo que cerraré en cuanto usted se vaya. Es la peor noche de toda la semana.

—Esa llovizna ha asustado a la gente.

Oyeron un ruido en la cabina y se volvieron. El gordo hacía desesperados esfuerzos para levantarse y salir de aquel encierro.

Cuando lo consiguió caminó dando tumbos hacia el mostrador.

—Se echaron a reír —dijo—. Luego gritaron…, no comprendo por qué me gritaban…

—Si hubieran tenido poderes mágicos le habrían sacudido a través del teléfono. A los polizontes no les gusta que nadie les tome el pelo.

—¡Pero si sólo dije lo que vi! Aquella mujer le desgarró la garganta de un mordisco…, eché a correr y creo que me caí dos o tres veces antes de encontrar la salida del parque…

De pronto sus ojos giraron en las órbitas y se desplomó.

—Lo que faltaba —dijo el mozo—. Écheme una mano, señor Timbel, para dejarlo sentado en la acera. Voy a cerrar de una maldita vez.

—Está bien.

Willy salió del mostrador. Cuando se disponía a levantar el pesado corpachón del borracho llegaron los policías.

CAPÍTULO II

LOS patrulleros que llegaron primero no sabían muy bien por qué estaban allí, pero los otros que les siguieron sí.

Éstos procedían del Precinto donde se recibiera la llamada telefónica y sin la menor duda carecían del sentido del humor.

—No podía ser más que un borracho —rezongó el teniente Campbell. Entonces descubrió a Max Timbel y agrandó los ojos—. ¿Qué diantres tienes que ver en este asunto, Max?

—Nada en absoluto.

—¿Hablaste con el tipejo ése?

Señaló al gordo, que ahora estaba sentado en una silla y derrumbado de bruces sobre una mesa, donde lo habían dejado los patrulleros.

—Más bien fue él quien habló. Además de borracho está loco de remate.

—Por lo menos tú no estás loco…, no del todo. Pero si borracho también. Empiezas a tocar fondo, muchacho. ¿Te das cuenta?

—No sueltes uno de tus sermones ahora.

—No lo haré, sería perder el tiempo. Cuéntame qué dijo ese saco de grasa.

—Estaba asustado y borracho. Ésa es una mala mezcla. Dijo que había visto una mujer desnuda matando a un tipo a dentelladas en el parque. ¿Qué te parece? Una mujer lobo o algo así… Para echarse a llorar.

—De modo que una mujer.

—¿No estás dándole demasiada importancia al delirio de un beodo?

—Tú tampoco estás muy sobrio y por lo general sabes de lo que estás hablando. Al venir aquí envié a un par de muchachos a recorrer todo el parque, por si hubiera algo de cierto en todo esto. Bueno —añadió, como avergonzado—, no en lo de esa fulana

merendándose a un tipo, sino alguna pareja que se pasara de rosca, ya sabes.

—Las parejas que suelen buscar la oscuridad del parque no se desnudan, Campbell.

—En estos tiempos los hay capaces de eso y mucho más. Bueno, veamos si se despierta ese fulano… ¿Qué haces ahora, Max?

—Investigo seguros.

—Has caído muy bajo.

—Hay policías que están más bajos que yo.

Campbell le miró con el ceño fruncido. Sacudió la cabeza con pesar y apartándose de él fue hacia la mesa donde el gordo continuaba inconsciente.

—Prepare un café fuerte y sin azúcar —ordenó al mozo.

Timbel encendió un cigarrillo y comentó:

—Estás muy nervioso, teniente. ¿Qué hay detrás de todo esto?

—Nada. ¿Por qué habría de haber algo? Pero detesto que los borrachos nos compliquen la vida. Ya tenemos suficiente trabajo sin su ayuda.

Timbel expelió el humo, pensativo. Entonces se abrió la puerta y entró un agente de uniforme. Tenía la cara gris y una mirada de alucinado.

—¡Te… teniente…! —jadeó.

—¿Qué pasa?

—Lo hemos encontrado.

Timbel se enderezó en el taburete. Campbell dio un respingo.

—¿Qué han encontrado?

—Al hombre muerto… Algún perro rabioso le ha destrozado. Éste… es para vomitar, ¿sabe?

Campbell dirigió la estupefacta mirada hacia Timbel y luego se volvió hacia el gordo y empezó a sacudirle violentamente.

—¡Eh, despierte, maldita sea su estampa! —bramó—. ¡A ver, ese café!

Timbel empujó su vaso lleno hacia el agente de uniforme.

—Tómelo —sugirió—, creo que lo necesita.

—Gracias, pero no. Estoy de servicio.

—¿Es tan malo lo que han encontrado?

—Peor… Un chico joven, con todo el cuello desgarrado…, hay pedazos de carne esparcidos alrededor. Y lo peor no es eso…

—¿No?

—Faltan otros pedazos. El maldito perro rabioso debe habérselos comido.

Una arcada sacudió a Timbel al imaginar que los pedazos de aquel desgraciado pudiera habérselos engullido alguien que no fuera precisamente un perro.

—Beba —insistió—. El teniente ni se dará cuenta.

El guardia dio un vistazo hacia la mesa. Campbell estaba inclinado sobre el borracho obligándole a engullir el café.

Atrapó el vaso y lo vació de un trago. Su pálido rostro cobró un poco de color.

—Gracias, señor —murmuró—. Aún tengo el estómago en la garganta desde que vi aquello.

Fue imposible reanimar al gordo, de modo que el teniente llamó a los patrulleros con un gesto.

—Lleven esta basura al hospital. Cuando esté en condiciones de hablar lo encierran en mi despacho hasta que yo pueda ocuparme de él. ¿Entendido?

Sé fueron llevándose al pobre tipo casi a rastras.

—Ahora veamos qué es lo que hay en el parque —suspiró.

Timbel saltó del taburete.

—Iré contigo si no te importa, Campbell.

—No me importa, pero tampoco me alegra. Si el fiscal averigua que te he permitido meter la nariz en esto…

Siguió rezongando cuando ya estaban en camino del parque.

La oscuridad era absoluta más allá de donde los faroles desparramaban su pobre luz.

La vegetación resultaba una masa negra como la tinta, y el chapoteo de la llovizna aumentaba la sensación de tristeza del lugar.

Los hombres del teniente habían instalado un foco portátil allí donde yacía el cadáver y formaban un círculo silencioso alrededor, cubiertos por los brillantes impermeables.

Abrieron paso cuando Campbell llegó. Max Timbel se colocó junto al teniente y desorbitó los ojos al ver «aquello».

El cuerpo estaba hecho un ovillo sobre el barro y la gravilla. El rostro espantosamente crispado era el de un joven de unos veinticinco años, delgado y de cabello abundante.

Lo que quedaba de su garganta era apenas un pingajo sanguinolento que la lluvia lavaba llevándose los restos de sangre. Tenía otras desgarraduras en los hombros y un antebrazo donde la tela había sido salvajemente desgarrada también.

Pero donde los destrozos eran más horrendos era en la garganta donde apenas quedaba nada.

Timbel retrocedió y vomitó bajo la lluvia, Sentía como si todo el *whisky* que había bebido en su vida se le encabritara ahora en el estómago tumultuosamente.

Se fue hacia el coche del teniente y colándose dentro encendió un cigarrillo.

Más tarde, Campbell se le unió. Estaba empapado y lívido.

—¿Habías visto algo semejante alguna vez? —rezongó.

—Nunca. Y eso no lo hizo ningún perro.

—Un lobo quizá. Habrá que averiguar si escapó alguno del zoo…

—Ahora quizá habrá que dar crédito al borracho… Si no, ¿cómo explicar lo que él dice que vio?

—No compliques las cosas. ¡Una mujer lobo! Es idiota hasta pensarlo. El tipejo vio una pareja dándose el pico…

—¿Con la mujer desnuda?

—Bueno…

—¿Desnuda bajo la lluvia?

—Quizá se lo pareció. Las mujeres visten las cosas más absurdas hoy en día y tú lo sabes.

—Quizá. Llévame a donde pueda encontrar un taxi. Quiero irme a dormir.

—Te ha impresionado, ¿eh?

—¿Y a ti no?

—Naturalmente, pero es parte de mi trabajo.

Campbell condujo despacio por las calles brillantes y resbaladizas de San Francisco.

Ninguno de los dos sabía entonces que el horror no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO III

«EL hombre de cabellos blancos fue enterrado hasta el cuello en la arena, entre las rocas, a pocos pasos del gigantesco hormiguero.

No decía nada. No pronunciaba una palabra. Sólo sus ojos negrísimos parecían tener vida al fijarlos en el individuo alto y recio que contemplaba cómo era metido en lo que iba a ser su tumba. El individuo reía. Llevaba un gran bigote y un sombrero de alas anchas que le protegía del sol inclemente que caía de un firmamento azul y brillante como una gema.

Cuando estuvo enterrado, el hombre alto dio una orden y los otros arrastraron un chiquillo que pataleaba y chillaba como una comadreja. Tendría apenas doce años y su cara era aceitunada como la del anciano, y sus ojos tan negros también.

Le ataron al reseco tronco de un sahuaro, a diez pasos del hombre enterrado en la arena. Siguió debatiéndose, chillando, rugiendo y profiriendo los más feroces insultos mezclando su idioma natal y el inglés indistintamente.

El hombre del sombrero llevaba un cinto del que colgaba un pesado revólver. Acarició la culata, riéndose, pero debió cambiar de idea porque se desentendió del chico y dio otra orden.

Uno de sus hombres trajo un tarro de miel y lo derramó sobre la cabeza de blancos cabellos que sobresalía de la arena. Luego, se retiraron hacia donde estaban sus caballos, a la sombra de un roquedal. El viejo y el niño quedaron solos.

Minutos después llegó la primera hormiga. Luego vinieron otras. El viejo gritó. Los alaridos del niño barrían el silencio del desierto.

Pronto la cabeza del viejo se convirtió en una burbujeante masa negra de insectos por entre los que de pronto empezó a correr la sangre. Del hormiguero a la cabeza se extendía una Frenética columna de diminutos asesinos.

Las hormigas fueron apagando los gritos del anciano, pero no los

del niño, cuya voz se había vuelto ronca y agónica con las cuerdas vocales laceradas.

Una hora después, del viejo sólo quedaba una limpia calavera. Las hormigas penetraban por las cuencas vacías y por entre los dientes sumergiéndose hacia las entrañas de aquel cuerpo que les ofrecía un banquete interminable…

Cuando el sol se ocultó, las hormigas, ahítas, regresaron al hormiguero. Entonces los hombres de los caballos y los revólveres volvieron en busca del niño, que había perdido el conocimiento y colgaba desmadejado de las cuerdas que le sujetaban al sahuaro…».

Despertó gritando en una habitación oscura como el infierno. Luego se calmó y estuvo jadeando unos minutos en las tinieblas.

Acabó levantándose. Negras cortinas cubrían la ventana, más allá de la cual la ciudad dormía confiada, sin saber que ya había comenzado el terror la noche antes.

Apartó las cortinas y contempló el loco relampagueo de los anuncios multicolores. Era apenas una sombra más entre las sombras de aquel cuarto donde todo era negro y no había un solo espejo.

Luego retrocedió. Dio unos pasos de un lado a otro y un sordo gruñido escapó de sus apretados dientes. Abrió una puerta y a oscuras penetró en un pequeño ascensor que descendió raudo hacia el sótano del gran edificio.

El sótano era espacioso. De unas hornacinas colocadas en los muros brotaba una luz tenue y rojiza que apenas si alcanzaba a disipar las sombras.

Él avanzó sin titubear a pesar de que era imposible ver dónde ponía los pies. Apretó un resorte y parte de un muro se descorrió mostrando una sala con la misma clase de alumbrado.

Sobre unos camastros de madera se adivinaban unos bultos inmóviles cubiertos por negras mortajas. Más allá, al fondo, se alzaba una especie de altar de piedra con un horrible ídolo presidiéndolo. El ídolo tenía una negra serpiente metálica enroscada en su cuerpo.

Él se postró ante aquella personificación del mal que parecía haber surgido del pozo insondable de los siglos. Se oyeron los sollozos del hombre.

Más tarde se levantó y acercándose a una de las formas tendidas

en los camastros agarró la sábana negra que la cubría y dio un tirón.

La mujer que yacía allí parecía dormida. Era hermosa, de piel dorada por el sol. No obstante, había adquirido ya un tono cerúleo. La contempló durante unos minutos. Volvió hacia el extraño altar de piedra y tomó una diminuta jeringuilla hipodérmica.

Como si actuara sumido en un trance hipnótico, se inclinó sobre el hermoso cuerpo.

Un sordo gruñido escapaba de él. Parecía el gruñido de un animal herido y rabioso.

Clavó la pequeña aguja en el cuello de la muchacha. Después la cubrió otra vez con la negra mortaja y abandonó el sótano.

El elevador le llevó hacia las alturas en unos segundos. Entró en su dormitorio, oscuro y sombrío, sin espejos en ninguna parte y acostándose quedó dormido en un instante.

El teniente Campbell gruñó a través del intercomunicador:

—Tráiganlo otra vez.

El hombre gordo ya no estaba borracho. Los médicos le habían despejado hacía horas y cuando entró en el despacho del policía lo que estaba era mareado, macilento, agotado por las horas y horas de incesante interrogatorio.

—Siéntese, Brown —gruñó Campbell.

—¿Qué quiere ahora? —dijo el hombre con voz débil.

—Tiene que firmar sus declaraciones.

—¿Y me soltarán?

—Claro.

—Me han tratado como a un animal… Me han tenido encerrado sin permitirme comunicar con nadie, teniente… Haré, que se arrepienta de este atropello.

Campbell estaba tan cansado como aquel individuo y no deseaba discutir. Sólo dijo:

—En parte fue por su propio bien. Los reporteros le habrían asediado y no queremos esta clase de publicidad. Firme la declaración y váyase. Habrá de volver a declarar en la encuesta.

—Si por lo menos me hubiesen creído…

Firmó donde le indicó el teniente y se marchó refunfuñando.

Desde una cabina llamó a la redacción del periódico más sensacionalista de la ciudad y concertó una cita con cierto reportero

cuya firma solía encandilar a los aficionados a las emociones fuertes. Luego salió y andaba tan tunoso que por poco no le arrolló un «Cadillac» al doblar la esquina.

Parecía discutir consigo mismo mientras caminaba acera adelante hacia su vivienda. Ya enseñaría a los polizontes quién era él…

Se lo enseñó, y del modo que más podía dolerles, por supuesto.

El periódico de la mañana siguiente apareció con una fotografía del hombre gordo, sus datos, el relato de lo que juraba haber visto en el parque, y el atropello de que había sido objeto por cerrarle la boca.

El reportero hizo un buen trabajo, adornándolo con truculencia suficiente para que el notición se convirtiera en el espeluznante tema de conversación de toda la ciudad.

Campbell lo leyó tan pronto salió de su apartamento. Lo que le deseó al hombre gordo no suele desearse ni siquiera al propio Satanás.

Hubiera deseado tener poder suficiente para ahorcar sin más trámite a Silas Brown, porque ahora las gentes comenzarían a alborotarse y los pobres policías acabarían locos con los millares de llamadas de viejas histéricas que asegurarían que la mujer lobo estaba poco menos que bajo sus camas…

Max Timbel compró el periódico a última hora de la tarde. La cabeza le zumbaba después de un día de trabajo y de asimilar los efectos del *whisky* trasegado la otra noche, de modo que no era precisamente un hombre feliz cuando entró en el bar de Willy y pidió café.

El mozo enarcó las cejas.

—¿Café, señor Timbel?

—Eso dije.

—Comprendo. Ha leído el periódico.

—Aún no. ¿Qué pasa con el periódico?

—Léalo y verá.

Lo desdobló. La fotografía de Silas Brown saltó ante sus ojos como si estuviera en relieve.

—¡Demonios! El gordo…

—Lea, lea…

Leyó. Y se quedó helado.

—No comprendo cómo la policía le ha permitido esta indiscreción. O el tipo está chiflado, o ya no le dejarán en paz durante meses. Menudo filón para los reporteros de sucesos.

—Quizá le han pagado por la exclusiva.

—Lo dudo.

Sorbió el café mientras leía todo el truculento reportaje.

El mozo le espetó:

—¿Cree que hay algo de verdad en esto, señor Timbel?

—Desde luego que no. La única verdad incuestionable es el cadáver del chico con la garganta desgarrada. Pero que una cosa así la hiciera una mujer a dentelladas…

Piénsalo tú mismo.

—He leído en alguna parte que la licantropía es una realidad. Hay tipos que se creen lobos en según qué circunstancias.

—Bueno, eso es cierto. Es una extraña forma de demencia. Pero se da tan raras veces que puede decirse que no existe ya en la actualidad. Y menos en una mujer.

—Pues el gordo estaba seguro de haberlo visto.

—El tipejo no estaba seguro ni de su nombre. Llevaba demasiado alcohol en el cuerpo.

—¿No se sabe quién era el muchacho muerto? No he leído todos los detalles del artículo aún.

—Aquí no pone nada de eso. No deben haberle identificado todavía.

—Voy a comprar el periódico de la noche.

Willy abandonó el mostrador y regresó medio minuto después. Tras él entró una pareja que fueron a sentarse en una mesa.

Timbel tomó el nuevo periódico y buscó la sensacional información. Cuando hubo leído el artículo dedicado al suceso se quedó perplejo.

—Me pregunto qué andaría buscando en el parque… —rezongó.

—¿Quién? —dijo Willy.

—El chico muerto. Era un millonario.

—¡Cuernos!

—Uno de los hijos de Thomas Zobel.

Tras un silencio, el mozo comentó:

—Eso hará que los policías se rompan los cuernos buscando de verdad al asesino. Un tipo como Zobel es casi el amo de la ciudad.

—Y un poco más. Me gustaría hablar con el gordo otra vez.

—¿Por qué?

—No nos dijo si, además de ver lo que asegura que vio, pudo oír también alguna voz.

Un grito, una discusión… Algo así.

Continuaba pensando en eso cuando se despidió para buscar un sitio tranquilo donde cenar. A veces, su olfato de investigador nato le gastaba esas bromas.

CAPÍTULO IV

SILAS BROWN releyó una vez más su nombre repetido hasta la saciedad en todos los periódicos del día. Se relamía de gusto pensando en cómo estarían rabiando los polizontes que le hicieron pasar tan malos ratos. Aquel maldito teniente sabría ahora que con él no se podía jugar de un modo tan inicuo.

Había oscurecido y pensó que aún le faltaban por adquirir los dos periódicos que salían a última hora de la tarde. Encendió la luz y se sirvió una generosa dosis de *whisky*.

Mientras saboreaba el licor se plantó ante la ventana contemplando la panorámica nocturna de la ciudad. Habitaba un pequeño apartamento cómodo y funcional que satisfacía todas sus necesidades de solterón empedernido. Incluso estaba situado en un edificio sin conserje, lo que aumentaba sus facilidades cuando, aburrido, decidía traerse alguna agradable compañera de soledad.

El *whisky* estaba bueno y repitió la dosis. Luego, apagó la luz y salió en busca de los periódicos.

Abajo, fa calle estaba casi desierta y una ligera bruma flotaba sobre el asfalto procedente de la bahía. Alrededor de los faroles el ruedo luminoso era grisáceo a causa de la cambiante niebla.

Por alguna extraña razón, Silas Brown se estremeció. La oscuridad de la calle le recordó la del parque, y lo que viera allí. Caminó apresuradamente hacia la esquina, le pareció que alguien se movía en un portal oscuro. Una sombra quieta. A veces, cuando regresaba muy tarde, descubría parejas estrechamente abrazadas. Quizá se trataba de una cosa semejante…

Dobló la esquina y vio las luces del puesto de periódicos. Compró los que deseaba, cambió unas palabras con la vieja vendedora y luego regresó impaciente por leer de nuevo su nombre en letras de molde.

Junto a un farol vio a una muchacha esbelta. Llevaba una falda

cortísima y sus piernas eran de un trazado soberbio. Olvidó los periódicos y la observó calculadoramente.

La chica llevaba un bolso grande colgándole del brazo. Estaba allí, quieta, y la luz del farol delineaba un cuerpo juvenil, de altos senos y figura estilizada.

Quizá esperaba a alguien. O lo más probable era que esperase sólo una oportunidad de pasarlo bien y ganar unos dólares.

Cuando estuvo a su altura, Brown balbució:

—¿A… a quién esperas, preciosa?

Ella ladeó la cabeza. Sus largos cabellos le cubrían parte del bonito rostro.

—A nadie —murmuró.

—¿Aceptarías un trago? Vivo ahí, en un apartamento, solo.

—Bueno.

Echó a andar a su lado. A él se le antojó que la chica caminaba demasiado rígida, pero eso era comprensible en su caso. Se encaminaba al apartamento de un hombre al que veía por primera vez.

Quizá no tenía mucha experiencia.

Seguro que era eso. Demasiado joven para tenerla. Pero no una menor que pudiera traerle complicaciones.

Comenzó a emocionarse sólo con pensar que aquella chica era tan joven e inexperta. Hasta entonces, jamás había tenido una oportunidad semejante.

Entraron en el apartamento y él encendió sólo una lámpara de pie. Tiró los diarios de cualquier manera y barbotó:

—Ponte cómoda…, prepararé las bebidas. ¿Te gusta el *whisky* solo o con agua?

—Es igual…

Dejó caer el bolso sobre una butaca. Brown estaba llenando los vasos cuando ella se dirigió con movimientos felinos, hacia él.

Silas Brown sintió que se le secaba la garganta.

La muchacha levantó los brazos. Sus labios eran delgados y pálidos. A él le chocó que dedicándose a semejante trabajo no los llevase maquillados.

Besarlos sería una experiencia nueva.

Lo intentó. Ella echó la cabeza hacia atrás. Su piel era fría como el mármol, helada.

Brown se estremeció al tocarla.

En aquel instante ella pareció sonreír. Sus labios se abrieron, mostrando unos dientes blancos, pequeños y agudos. Abatió la cabeza violentamente y los clavó como puñales en la yugular del hombre gordo.

Brown quiso gritar y no pudo. El horror le paralizó. Aún vio su propia sangre saltar sobre la mujer…

Después, el dolor lacerante, el terror y la muerte hicieron el resto.

* * *

El taxi se detuvo junto a la acera. La niebla era más densa que minutos antes y el taxista gruñó:

—Debe ser ahí, pero no se distinguen los números, amigo.

Una lujosa furgoneta se apartó en aquel instante de la acera. Cobró velocidad y desapareció entre la bruma. El taxista soltó una retahíla de maldiciones.

—¿Se ha dado usted cuenta? —exclamó—. ¡Ni siquiera ha encendido las luces el muy cerdo! Y con una noche como ésta…

Max Timbel pagó y apeándose se aproximó a las casas. Cuando descubrió el número que buscaba las luces rojas del taxi se alejaban, fantasmales, entre la niebla.

La puerta del edificio estaba abierta. Entró y encendiendo una cerilla examinó los buzones del zaguán.

Luego se dirigió al ascensor y mientras subía se dijo que lo más seguro era que el gordo le echara escaleras abajo con cajas destempladas.

No obstante, abandonó el aparato y de nuevo hubo de encender una cerilla para localizar el apartamento de Silas Brown.

Aquella puerta tampoco estaba cerrada y dentro sonaba el teléfono con insistencia.

Max atisbó por la abertura. El interior estaba sumido en tinieblas. El teléfono continuaba sonando sin que nadie le hiciera caso.

—¿Brown? —Gruñó.

Al mismo tiempo tanteó la pared al lado de la entrada hasta que sus dedos hallaron el interruptor de la luz. Le dio vuelta y el mar de sangre pareció saltarle encima en oleadas.

Emitió un quejido y hubo de apoyarse contra el quicio de la

puerta. El teléfono calló.

Él no podía despegar la mirada de aquel horror.

El hombre gordo yacía desmadejado en el suelo y tanto sus ropas como la alfombra estaban empapadas de sangre. Un reguero se deslizaba más allá de la alfombra muy despacio, siguiendo la juntura de las baldosas.

La mitad de la cara de Silas Brown estaba espantosamente desgarrada y de su garganta no quedaban más que unos rojos pingajos.

Timbel cerró los ojos sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor. Cuando los abrió procuró no mirar el cadáver y los fijó unos instantes en una lámpara de pie caída y rota. Era el único desorden de toda la estancia, excepto dos periódicos doblados tirados al pie de una butaca.

Al fin encontró fuerzas suficientes para entrar y cerrar la puerta a sus espaldas, procurando no tocar el tirador.

Entonces vio las huellas de zapatos que se dirigían a la puerta. Eran huellas de zapatos de mujer, de tacón delgado. Habían pisoteado la sangre dejando un rastro tan claro como la luz Hacia la salida.

Sintió que le castañeteaban los dientes mientras bordeaba el charco de sangre y miraba en torno. Había dos vasos con licor sobre una mesita, al lado de una botella destapada. Aquello era demencial, una auténtica locura…

Repentinamente el teléfono sonó de nuevo haciéndole dar un brinco. Sacó el pañuelo del bolsillo, tomó el auricular y gruñó:

—¡Hable!

—¿Es usted, Brown?

—El señor Brown no puede ponerse.

—Entonces, ¿quién diablos es usted?

—¿Y usted?

—Vaya conversación idiota… Soy Sidney Clarke, el reportero.

—Llame más tarde.

Colgó bruscamente, para levantar el auricular de nuevo y discar el número del teniente Campbell.

La voz del policía sonó cansada cuando preguntó quién le llamaba.

—Soy Max. Max Timbel.

—Hola.

—Estoy en el apartamento del gordo.

—¿Qué gordo? ¡Maldita sea! ¿Estás borracho otra vez?

—Brown.

—¡Maldito sea! —Estalló Campbell—. Ese bocazas… ¿Qué diablos está haciendo ahí?

—Mejor que vengas a verlo. Brown ya no hablará más.

Hubo un breve silencio. Campbell debió caer en la cuenta del significado de aquellas palabras porque, al fin, barbotó:

—No te muevas, Max. Estaré ahí en unos minutos.

—Y hazlo discretamente si no quieres que la cosa te estalle en las narices, porque el gordo ha muerto como el chico del parque.

Creyó oír una especie de estallido al otro lado y luego la comunicación se cortó.

Él colgó el auricular, guardó el pañuelo y sentándose en una butaca de modo que no viera al muerto encendió un cigarrillo y esperó.

CAPÍTULO V

CAMPBELL se frotó la cara furiosamente. Su piel había adquirido un tono gris y Timbel pensó que iba a vomitar.

—Eso es de locos —farfulló con voz ronca—. ¿No viste a nadie sospechoso cuando llegaste? Porque a juzgar por lo que acabas de decirme, el asesino debía acabar de largarse cuando tú metiste la nariz aquí.

—La asesina, amigo. Recuerda esas huellas.

El policía dirigió una mirada apagada a las huellas de zapatos de mujer y suspiró.

—La mujer lobo —dijo entre dientes—. Me niego a creer en ese absurdo.

—Entonces piensa otra explicación razonable.

—No la tengo. ¡Maldito sea el infierno! Si los reporteros huelen esta nueva carnicería la ciudad se estremecerá desde los cimientos.

—Ya debe empezar a estremecerse desde que se supo quién era el muchacho del parque. Zobel habrá calentado las orejas del gobernador para arriba.

Debe haber llegado hasta el presidente por lo menos. Los federales nos han apartado del caso.

Timbel dio un respingo.

—¿El FBI? Pero hombre, se trata de un crimen local. No tienen jurisdicción a menos que la policía pida su ayuda.

—Nadie ha pedido su ayuda, sin embargo, están llevando el caso sin admitir interferencias.

—No lo entiendo.

Campbell dirigió una mirada fugaz al cadáver y al mar de sangre.

—Me pregunto cómo podremos mantener en secreto este asunto…

—No podrás, Campbell. Cuando yo llegué estaba sonando el

teléfono. No lo toqué y calló, pero poco después volvió a llamar. Lo descolgué y era Clarke, el autor del primer reportaje sobre el caso del parque. Quería hablar con Brown.

—Ya veo.

—No me sorprendería en absoluto que se presentara aquí de un momento a otro.

El policía soltó un bufido. Descolgó el auricular y habló breve y secamente con el Precinto.

Cuando hubo colgado Timbel le indicó:

—Echa un vistazo a esos dos vasos. Ni siquiera bebieron de ellos, pero es seguro que Brown los preparó para él y una mujer, lo que indica que no sospechaba de ella.

—Y si la dejó entrar es que la conocía. ¿Es eso lo que quieres insinuar?

—Tal vez, pero no es seguro. Pudo encontrarla en la calle.

—¿Una buscona?

—Eso es.

—¿Y una buscona le destrozó el cuello a dentelladas?

—Es posible que no lo fuera, aunque Brown pudo tomarla por una trotacalles cualquiera.

Campbell estaba inclinado sobre los dos vasos. Sacudió la cabeza, intrigado.

—Desde luego, no parece que nadie haya bebido en ellos. La fulana no debió darle tiempo. ¡Maldita sea! Estoy hablando como si creyera realmente que una mujer lobo, o un monstruo igualmente absurdo hubiera hecho esto.

Timbel se limitó a mirarla y no dijo una palabra.

Cuando llegaron los peritos de la policía aprovechó para despedirse con una excusa y se fue.

Antes de abrir la puerta de su apartamento oyó sonar el teléfono en el interior. Se dio prisa, pero antes que pudiera llegar al aparato éste calló y Timbel maldijo entre dientes.

Estaba nervioso por todo lo que había visto. Aquella situación en realidad no le concernía en absoluto. Era cosa de la policía, pero él también había sido policía en otro tiempo y su instinto de sabueso le impedía desentenderse de ello como hubiera hecho otro hombre cualquiera.

Acababa de obsequiarse con un vaso de *whisky* cuando el

teléfono sonó otra vez. Lo descolgó de un manotazo y una voz gruñona dijo:

—¿Dónde diablos estaba usted, Timbel? Estuve llamándole a su oficina horas y horas…

—¿Para qué?

—Se supone que le pagamos para que trabaje de vez en cuando.

Eso aclaró muchas cosas.

—Lo siento, señor Blondell. No le había reconocido. ¿Qué ocurre?

—No vamos a discutir por teléfono un asunto como éste. Estoy en mi casa ahora, de modo que venga aquí. Ahora.

—¿Es tan importante?

—Tan importante como cinco millones de dólares.

Timbel sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Cinco millones de dólares es como para preocuparse. Salgo ahora mismo, señor Blondell.

—Más le vale…

Colgó.

Derek Blondell era el director general de la mayor compañía de seguros para la cual trabajaba como investigador. Habitaba una soberbia residencia que se alzaba sobre un acantilado, con las olas burbujeando casi en sus mismos cimientos.

Max Timbel había visitado aquel palacio sólo en otra ocasión. Al detener el coche frente a la escalinata de entrada pensó fugazmente en la clase de vida que gozaban esos potentados de los seguros y no les envidió.

Una sirvienta le guió hasta una espaciosa biblioteca donde Blondell estaba esperándole. Blondell rondaría los cincuenta años, pero parecía mucho más viejo y su cara abotargada lucía una piel pálida y macilenta, con grandes bolsas bajo los ojos.

—A veces pienso que le pagamos a usted demasiado dinero, Timbel —dijo por todo saludo—. Eso le permite dedicarse a una vida de disipación impropia de un empleado que…

—Yo no soy su empleado, Blondell.

—Entonces, ¿quién infiernos le paga?

—Sólo cuando tienen un trabajo complicado que todos los demás han rechazado o que han fracasado… Entonces me lo encargan a mí y me pagan por sacarles del apuro.

Blondell soltó un bufido.

—Espero que pueda sacamos de éste, de lo contrario nos costará cinco millones su fracaso.

—No soy un superhombre. Si otros han fracasado…

—Nadie ha fracasado hasta ahora porque en este caso le he llamado a usted directamente.

—Está bien. Aquí estoy.

—Sírvase un trago y siéntese. Le expondré el problema con la mayor brevedad posible. Tiene usted que encontrar a una mujer. Viva, Timbel. Si la encuentra muerta, nos cuesta cinco millones.

—Siga, hasta ahora nunca pensé que una mujer pudiera valer ni la cuarta parte de esa suma.

Blondell casi rugió de indignación.

—¡Porque hasta ahora todas las mujeres con que usted ha tenido tratos…!

—No lo diga. Y vuelva al asunto de los cinco millones si no tiene inconveniente.

—Usted me saca de quicio. La mujer de quien estoy hablándole fue secuestrada hace una semana y los secuestradores han pedido una suma delirante por ella. Una suma tan absurda que yo pienso que hay algo muy extraño detrás de ese rapto y que probablemente la muchacha esté muerta a estas alturas…

—¿Cuánto pidieron por ella?

—Cien millones de dólares.

Timbel se quedó sin aliento.

—¿Hay alguien en este podrido mundo que pueda pagar un rescate semejante?

—Seguro. Pero los secuestradores no han vuelto a dar señales de vida hasta el momento a pesar del tiempo transcurrido. El FBI está investigando, por supuesto, pero a nosotros nos interesa la faceta económica del caso… Nuestra prima por el seguro de vida de esa joven… si aparece muerta.

—Aún no me ha dicho de quién se trata.

—De Valentine Zobel.

Max abrió la boca, estupefacto, y se olvidó de cerrarla.

—Bueno, ¿y ahora qué le ocurre? —bufó su interlocutor.

—¡Zobel! ¿Quiere decir que su compañía tiene suscrita una póliza con ese buitre por cinco millones por cada uno de sus hijos?

—Sólo por dos de ellos. Tengo entendido que a los otros los aseguró en otra compañía. Él mismo está asegurado por la Mutual.

—Entonces, alguien ha tenido que pagar ya por su hijo Johnny…

—Ciertamente. Asociados ha recibido ese golpe… Zobel aseguró a toda su familia hace ya muchos años.

—Señor Blondell, su compañía habrá de pagar ese dinero si la cosa depende de mí —dijo Max, sombrío.

El hombre de los seguros casi saltó de la butaca.

—¿Qué infiernos quiere decir con eso?

—Que no puedo hacerlo. No con Zobel en medio.

—¿Por qué, es usted anticapitalista, comunista, o qué diablos tiene contra ese hombre?

—Thomas Zobel hizo que me expulsaran de la policía.

—¿Zobel?

—Ni más ni menos. Todo el mundo aseguraba que yo tenía un brillante futuro por delante. Era el teniente más joven de toda la policía de la ciudad y… Bueno, me gustaba el trabajo y procuraba hacerlo. Entonces me dieron un puntapié en las posaderas. El que movió el pie fue Zobel.

Blondell parecía estar sentado sobre brasas al rojo.

—Absurdo… ¡Maldita sea, Timbel! ¿Por qué la tomó con usted?

—Pretendí encerrar a uno de sus hijos. Era un degenerado, un bastardo corrompido, vicioso y endiosado por el dinero y el poder. Para mí era sólo un delincuente que violó a una muchacha y lo detuve. Zobel y todo su podrido clan pidieron mi cabeza a gritos, su hijo quedó libre y yo en la calle.

—Ya veo… Pero le necesitamos, Timbel. Es usted el más experimentado de nuestros investigadores, así que olvide sus resentimientos. Le doblaré la prima esta vez.

Max apenas podía creerlo.

—¿Está usted diciéndome que me pagarán el diez por ciento esos cinco millones, señor Blondell?

—Ciertamente.

—Quinientos mil dólares…

—Sí.

—Por ese dinero estoy dispuesto a ahorcar al mismísimo Zobel, señor.

Blondell suspiró.

—Cuélguelo, el viejo no está asegurado en nuestra compañía —dijo seriamente—, pero encuentre a esa mujer antes que sus raptores la maten.

—De acuerdo.

—Entonces —dijo Blondell con un suspiro de alivio—, vamos a ver de una vez los pormenores que hemos reunido hasta ahora.

Abrió un abultado portafolio y comenzó a sacar papeles y documentos que desparramó sobre la mesita. El cerebro de Max funcionaba como el registro de una calculadora, sumando dólares hasta redondear la cifra de quinientos mil.

CAPÍTULO VI

«ARROJARON al chiquillo al interior de una estancia oscura y maloliente. El golpe le devolvió en parte la conciencia y oyó las voces de los hombres y el rumor de los caballos.

Y recordó también. Recordó al anciano, las hormigas, los alaridos del viejo comido por los insectos y sus propios gritos.

Trató de gritar otra vez porque el atroz recuerdo incendiaba su cerebro. Pero no le salió la voz. Sintió un gran dolor en la garganta y se echó a llorar.

Más tarde volvió a oír a los hombres, y la voz del que los mandaba. Y otra voz, aguda, cargada de terror.

La voz de una mujer que fue ahogada por las risotadas de los hombres. Aquella voz se convirtió en alaridos, y las otras voces en tumulto.

Era la voz de su hermana la que aullaba al otro lado de la pared. El niño deseó morir y se arrojó de cabeza contra la puerta rugiendo sin voz, para sus adentros, preguntándose qué clase de infierno se había desatado sobre la tierra.

Cayó semiinconsciente y lloró, mientras los aullidos de la mujer, el ruido de los golpes, el tumulto de los hombres convertidos en sucias bestias amainaba poco a poco y se extinguía al fin.

Cuando volvió a tener conciencia de que estaba vivo, al otro lado de la pared sonó un largo alarido, como el de una bestia herida de muerte. Y más risotadas, y otra vez aquel tumulto, y aquellas voces, y aquel desgarrador y lacerante grito de mujer, de una mujer que era su madre y él lo sabía.

Cuando esa voz y el tumulto se acallaron de nuevo, alguien abrió la puerta y unas manos grandes y duras arrastraron al chiquillo hasta la habitación contigua y le dejaron allí.

Ahora no habían sido las hormigas. Habían sido los hombres los que acababan de destrozar dos cuerpos humanos.

Había sangre por todas partes y los cuerpos desnudos estaban allí, horribles, rotos.

El niño sintió asco, dolor y humillación. Se sintió viejo de mil años y el odio barrió cualquier otro sentimiento y le hizo conservar el conocimiento y la vida.

El cadáver más joven de los dos, casi irreconocible, tenía un cuchillo clavado en el vientre. El niño se inclinó y de un tirón arrancó el arma. La sangre que brotó, mansa, de la herida, ya era sangre muerta.

Luego, cuando vinieron en su busca, el niño brincó como una rana y hundió el cuchillo en la garganta del primero de los hombres que apareció en la puerta.

Sólo que aquél no era el hombre que él hubiera querido matar. No era el hombre del sombrero ancho y el revólver al cinto que daba voces y reía…

Había dejado de reírse cuando arrastraron al chiquillo por la explanada pateándolo a cada paso.

Antes de perder el conocimiento, el niño vio las brillantes estrellas que salpicaban las tinieblas insondables del firmamento sin luna de aquella noche infernal que no había terminado todavía…».

* * *

Las estrellas apenas se distinguían, apagadas por el centelleante resplandor de los mulares de anuncios que parpadeaban sobre toda la ciudad.

Desde la ventana de la habitación oscura, sin luz ni espejos, el hombre miraba la ciudad. Maldecía la ciudad.

Quieto, era apenas otra sombra más en la negrura del cuarto mientras se preguntaba por qué precisamente esa noche su mente se convertía en un rugiente torbellino.

Cierto que siempre lo había sido, pero ahora todo era más vivido en su cerebro. Y el rugido de la cólera parecía el bramido de un mar embravecido que le arrastrara con la fuerza del huracán.

Cuando se apartó del ventanal entró en el pequeño ascensor y descendió a los sótanos del edificio. Llegó frente al salvaje altar del ídolo y la serpiente y se postró de rodillas, y gruñó su odio y se levantó de nuevo con la mirada fulgurante de los alucinados.

Sobre los camastros de madera se veían los cuerpos cubiertos por negras mortajas.

De un zarpazo arrancó la que cubría el de la hermosa muchacha.

Aquel cuerpo de soberbia juventud estaba ahora salpicado por manchas parduscas.

Sangre seca que mancillaba la piel como la cera.

Inclinado sobre ella, el hombre lavó con brusquedad las manchas de sangre seca.

Gruñía entre dientes a cada movimiento sin que la mujer diera la menor señal de vida. Él la tocaba con la misma indiferencia con que hubiera lavado un gatito o un perro sucio de barro.

Cuando terminó volvió a cubrirla con la negra mortaja y apartándose descubrió otro de los cuerpos que yacían en los camastros.

Éste pertenecía a una mujer de unos treinta años. Era más bien robusta y sus formas resultaban ampulosas como las de una matrona de Rubens.

Estuvo mirándola unos instantes. También aquel cuerpo tenía la piel como la cera y estaba rígido, muerto. Él se movió sin prisas hacia el altar y regresó con una jeringuilla hipodérmica en la mano. Murmuraba entre dientes frases horribles, y el silencio del sótano parecía responderle con su eco. O quizá era el propio diablo que se ocultaba en el horrible ídolo quien replicaba a sus invocaciones salvajes de odio y venganza. Las invocaciones que habían revivido surgiendo del pozo del tiempo para el terror y la muerte…

Cuando él se irguió, los párpados de aquella mujer aletearon débilmente. Abrió los ojos vidriosos y luego se incorporó poco a poco y él dijo:

—Vas a vivir, maldita. ¿Me oyes?

—Sí.

—Entonces harás lo que yo te diga.

—Lo que tú me digas.

—Mírame. A la cara, maldita.

Los ojos vidriosos que relucían en aquel rostro pálido se clavaron en el hombre, fijos, sin parpadear.

Él empezó a reír. Primero muy bajo, como un rumor. Después a carcajadas demenciales, gritando a cada risotada mientras ella continuaba mirándole sin demostrar sentimiento alguno. Ni sorpresa, ni odio, ni repulsión siquiera.

Entre risotadas, él dijo:

—Esta noche amarás a quien yo te diga.

—Sí…

—¿A mí?

La pregunta terminó con las risas del hombre.

Ella pareció encogerse de hombros.

—A ti —dijo.

—Y a Norman. ¿Recuerdas a Norman?

—Sí, claro.

—No obstante, puedes amarme a mí.

—A ti, ¿por qué no?

—Ven conmigo.

Ella le siguió dócilmente. Entraron en el ascensor que salió disparado hacia arriba, hacia las negras tinieblas de aquel cuarto sin luz ni espejos…

CAPÍTULO VII

MAX TIMBEL dijo, conciliador:

—Desde luego, tiene usted razón, señor Garrick. Este asunto corresponde a la policía federal, pero también a la compañía de seguros para la que trabajo. Tienen concertada una póliza por cinco millones de dólares por esa mujer. ¿Lo sabía?

—Ignoraba la cifra, pero desde luego estoy enterado de que Thomas Zobel suscribió seguros para todos los miembros de su familia.

—Ésa es la razón de que mi compañía intervenga en el asunto aun a riesgo de tener que enfrentamos con los federales.

—Comprendo. ¿Qué es lo que desea concretamente, señor Timbel?

—Tengo entendido que usted fue el último que vio a la señorita Zobel, antes de que ésta desapareciera…

—Ciertamente. Les he contado todo lo que sabía a los agentes del FBI.

Lamentablemente, es bien poco.

—Por favor, repítalo si no tiene inconveniente.

El hombre se encogió de hombros.

—Ninguno —dijo—. Recogí a Valentine a la salida de mi despacho. Ella había acudido a ver a su padre. Como usted ya sabe, Thomas Zobel y mi propio padre son socios en multitud de negocios e inversiones, pero la delicada salud de mi padre hizo que yo me incorporase a esos negocios mucho más pronto de lo que ellos habían pensado en un principio… Bueno, Valentine salía de la oficina de Zobel cuando la encontré y bajamos juntos a la calle.

—¿No le dio la impresión de nerviosismo, de temer algo tal vez? Éste es un secuestro muy raro y usted lo sabe.

—En absoluto. Parecía completamente normal. Me dijo que tenía una cita y que no había traído el coche, de modo que me

ofrecí a llevarla.

—Esa cita…

—Es inútil. No mencionó ningún nombre.

—Continúe, por favor.

—No hay nada más. La llevé al apartamento que ella posee en la ciudad y ya no volví a verla. Pero en ningún momento dijo nada sobre esa cita, ni con quién estaba citada…

Nada en absoluto. Y yo tampoco le pregunté. Todos sabemos que Valentine lleva una vida muy agitada sentimentalmente, de modo que hacerle preguntas a este respecto no entraba en mis cálculos.

—Ese apartamento al que la llevó, ¿lo habitaba ella regularmente?

—Sólo cuando estaba en la ciudad. O cuando, como esta vez, tenía una cita intima.

—Entiendo. ¿Dónde está situado? Aunque supongo que los federales ya lo habrán investigado…

—Eso lo ignoro, pero el apartamento de Valentine está en el Imperial Home. Allí fue donde la dejé, en la entrada del edificio. Nadie ha vuelto a verla desde entonces.

—Gracias, señor Garrick. Ha sido usted muy amable…

—Soy el primero en lamentar mi imposibilidad de aportar mayor ayuda para encontrar a Valentine Zobel.

El dueño de la casa acompañó al investigador hasta la puerta. Luego, volvió al salón donde se había desarrollado la entrevista y mirando su reloj hizo un gesto de impaciencia.

Se había retrasado ya…

Conectó el circuito de seguridad que protegía la vivienda y rápidamente se dirigió a la puerta.

Antes de llegar a ella el timbre sonó. Abrió con brusquedad, dispuesto a terminar con las interrupciones.

Se quedó muy sorprendido cuando vio a la muchacha.

—¡Sandra! —exclamó—. Estuve llamándote todos estos últimos días…

Ella pasó por su lado un tanto rígida.

—No me llamaste —dijo, adentrándose en la vivienda sin titubear—. Estuve esperándote.

Él la siguió, perplejo.

—Entonces tu teléfono no funciona. Te llamé muchas veces.

—De todos modos ya estoy aquí.

—En un mal momento. Tengo una prisa endiablada esta noche, querida. Una reunión importante con Zobel. ¿Es que ignoras lo que está sucediéndoles a los Zobel?

—No perderemos mucho tiempo, Norman.

En un instante se hubo despojado del vestido que llevaba.

Norman Garrick la miró estupefacto.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó—. Afortunadamente estoy solo, pero tengo prisa, ya te lo dije…

—Nunca tuviste prisa conmigo.

—¡Espera! No puedo quedarme ni un minuto.

Ella no le hizo caso. Como fascinado, Norman Garrick sintió que se le secaba la garganta.

—Ven —susurró la mujer, tendiendo los brazos.

Él miró otra vez el reloj. Bueno, ¿por qué no? La urgencia era de Zobel en todo caso…

—Está bien —accedió—. Pero déjame decirte que jamás te habías comportado así antes.

Pienso que has perdido la cabeza, querida…

Se dirigió resueltamente hacia aquellos brazos tendidos, hacia aquellos labios pálidos, hacia aquellos dientes blancos y afilados…

* * *

El apartamento era un auténtico nido de amor. Parecía respirarse el erotismo hasta en el ambiente, en la cargada atmósfera de un lugar cerrado como aquél.

Timbel miró en torno sorprendido. La decoración de las paredes era algo delirante, con enormes murales de ideas extraídas seguramente de los manuales de amor orientales.

Había almohadones esparcidos aquí y allá, salpicando de vivos colores las mullidas alfombras blancas que cubrían el piso. Una cama redonda, enorme, ocupaba buena parte de la estancia principal. A un lado de ella había una chimenea-hogar para fuego real, un bar con forma de herradura, divanes y butacas bajas y un revoltijo de revistas atrasadas tan desperdigadas cómo si hubieran sido puestas allí para completar la decoración. La dueña de semejante nido no sólo debía ser una mujer de vida amorosa intensa y variada, sino con ideas propias al respecto.

Timbel registró toda la vivienda de arriba abajo sin encontrar

nada que pudiera interesarle para su trabajo. En realidad, los federales ya debían haber cribado todo aquello antes que él.

Tomó un cigarrillo y acababa de encenderlo cuando una llave se introdujo en la cerradura y oyó abrirse la puerta.

Se quedó rígido, oculto tras una cortina. Oyó los pasos de un hombre y una mujer, y una voz contenida que murmuraba:

—De cualquier modo necesitarás explicarme muchas cosas, cariño.

—Claro que sí —replicó la mujer.

Pasaron junto a la cortina donde Timbel contenía el aliento. Durante un fugaz instante vio un escorzo del rostro de la mujer. Era joven, fríamente hermosa, con unos ojos que fulguraban como brasas. Luego penetraron en la estancia grande donde estaba el lecho redondo y todo lo demás.

Timbel aprovechó para deslizarse fuera de su escondrijo, llegó a la puerta y la abrió sin ruido. Salió y volvió a cerrar con la misma cautela. Un sudor frío inundaba su frente, porque él mejor que nadie sabía que si hubiera sido descubierto allí dentro por cualquiera de los miembros de la familia Zobel nada ni nadie le habría salvado de la cárcel.

La calle, inundada por la niebla, estaba oscura y solitaria cuando fue en busca de su coche. Condujo hacia el edificio de la policía y allí encontró al teniente Campbell sumergido en una montaña de informes, datos y resultados de los exámenes de medicina legal.

El policía tenía el rostro macilento y cansado.

—Quisiera acostarme y dormir durante una semana —dijo Campbell, sombrío—. En cambio, tú que puedes hacerlo andas de un lado a otro emborrachándote y haciéndome perder el tiempo.

—Y encontrando cadáveres para ti…

El teniente casi saltó fuera de la silla.

—¡No me digas que encontraste otro…!

—Aún no, pero no desesperes, todo se andará.

Acercó una silla y sentándose frente al teniente encendió un cigarrillo.

—Dijiste que los federales te habían echado fuera del parque…

—Así es.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que Zobel considera que sus asuntos sólo

pueden ser tratados por esa gente de Washington.

—Nones.

—¿Cómo?

—Ellos ya trabajaban para Zobel antes que el hijo pequeño de ese buitre fuera asesinado.

—Vaya. ¿Cómo lo sabes?

—Hay otro vástago de esa familia en apuros, teniente. Una hija llamada Valentine…

Con palabras precisas y breves, Max Timbel contó lo que sabía de aquel asunto y los motivos por los cuales él estaba interesado en el mismo.

—¿Qué te parece? —terminó—. Estoy obligado a salvar a la hija del hombre que quisiera ver colgado de una soga. ¿No es para echarse a reír?

Campbell no tenía malditas las ganas de reír.

—De modo que es eso —refunfuñó—. No se dignaron advertirnos a nosotros, pobres polizontes de tres al cuarto… ¿Vas a meterte en este embrollo, Max?

—¿Puedo hacer otra cosa?

—No, ya imagino que no. Con un señuelo de medio millón ante tus narices supongo que te meterás hasta el fondo.

—Y no va a ser nada fácil. En primer lugar, esa dama llevaba una vida descabellada en el aspecto amoroso. Debía tener líos con toda clase de individuos. Una tentación para cualquier muerto de hambre con un poco de imaginación. Sin embargo, piden cien millones de dólares por el rescate y luego no vuelven a dar señales de vida en una semana… ¿Qué te parece?

—Absurdo. Reunir cien millones en metálico es difícil incluso para un tipo como Zobel.

Pero incluso esa petición es idiota. Pidiendo la mitad, pongamos por caso, hubieran obtenido el dinero en veinticuatro horas y asunto terminado.

—Eso mismo pienso yo. Hay gato encerrado en este asunto, Campbell.

—Eso me parece también a mí. Ahora dime por qué has venido a contármelo.

—Porque yo no puedo ir a casa de Zobel y pedirle que me dé una foto de su hija. Tú sabes lo que ese maldito siente por mí.

—Necesito una fotografía de la muchacha. He revisado su apartamento, un antro dedicado al culto erótico que… Bueno, no había ninguna fotografía de Valentine Zobel allí.

—¿Y crees que la encontrarás en nuestros archivos?

—Casi apostaría a que sí. Una mujer con la vida desordenada de Valentine debe haberse metido en más de un lío. Si ha sido detenida alguna vez, aunque sólo sea por conducir en estado de embriaguez, tal vez a algún funcionario celoso de su deber se le ocurriera fotografiarla…

—Lo comprobaré. Pero pienso que los federales te echarán del asunto a puntapiés tan pronto sepan que andas enredando su trabajo.

—Deja que yo me ocupe de esta faceta del caso.

Campbell se levantó con gesto cansado y salió de la oficina dándole vueltas a la cosa en su mente. Ahora ya no era tan sólo un crimen salvaje y brutal, sino un rapto. Delito federal.

Sin embargo, quedaba la muerte de Silas Brown. Eso no podrían quitárselo de las manos los hombres del Gobierno.

Cuando volvió llevaba una cartulina en la mano.

—Acertaste —dijo—. Ésta es la chica, y déjame decirte que es todo un monumento…

Timbel tomó la foto y la miró. Dio tal brinco que la silla en que estaba sentado salió disparada hacia atrás.

Campbell le miró, atónito.

—¿Qué te pasa ahora? No me digas que la conoces…

—¡Maldita sea, Campbell! Esta mujer es la que he visto esta noche en su propio apartamento…

El teniente se quedó tan quieto como un perro de muestra.

—No puede ser —gruñó al fin—. Tal vez tiene otra hermana parecida… Podían compartir el apartamento para sus líos.

—¡Era ella, y no hace tanto tiempo como para que ya se hayan largado!

Se dirigió a la puerta a paso de carga. Campbell voló materialmente tras él.

—¡Espera un minuto! —bufó, acompasando su paso al de Max, pasillo abajo—. Si se trata de la misma, ese asunto del rapto no es otra cosa que una pantalla… o un truco de esa misma pájara para desvalijar a su padre.

—Poco más o menos eso es lo que pienso. El caso es que está viva, y si consigo echarle el guante en el apartamento me habré ganado quinientos mil dólares y mi compañía me levantará un monumento.

—Te acompaño. Ojalá pueda estamparles este asunto en las narices a esos chicos de Washington.

Lloviznaba cuando Timbel puso en marcha su coche. Entre la niebla y la llovizna las calles resultaban punto menos que intransitables, de modo que tardaron mucho más tiempo del normal en llegar de nuevo al nido de amor de la extraordinaria Valentine Zobel.

La puerta estaba cerrada y esta vez Max no utilizó sus ganzúas, sino que llamó al timbre.

Nadie acudió a abrir.

Repitió la llamada y Campbell comentó:

—Se largaron…

—Si vinieron para una noche de amor no han tenido tiempo ni de empezar. Voy a abrir esa puerta.

—¡Espera, compañero!

—Si no quieres violar la ley, lárgate de aquí. Ya te contaré lo que encuentre.

El policía rezongó entre dientes, pero no se movió.

Timbel trabajó en la cerradura con un juego de sus finísimas ganzúas. La cerradura se rindió y él abrió la puerta en silencio.

El interior estaba oscuro, silencioso y seguía oliendo a cerrado.

Y a algo más.

Campbell se disponía a entrar en aquellas tinieblas cuando Timbel le atrapó por el brazo, deteniéndole.

—Espera —murmuró—. Hay sangre aquí.

—¿Qué?

—La sangre tiene un olor peculiar…, un olor dulzón, a cobre viejo…

Impresionado a su pesar, Campbell sacó el revólver y tanteó la pared a un lado de la puerta. Sus dedos se cerraron sobre el interruptor de la luz.

Cuando la lámpara del techo brilló, las huellas sobre la alfombra blanca resaltaron como pintadas en vivo color rojo.

El policía contuvo el silencio. Tras él, Max gruñó:

—Esas huellas son de mujer… y vienen del dormitorio.

La escena se repite, Campbell…, corregida y aumentada.

—Cierra la puerta y trata de no pisar ninguna huella. Avanzaron uno tras otro. No se sorprendieron demasiado al ver el horrendo cuadro del dormitorio, y aquel nuevo mar de sangre que lo inundaba todo procedente de la garganta devorada de un hombre que se había hecho matar justamente en lo que fuera nido de amor…

CAPÍTULO VIII

EL hombre muerto y cubierto de sangre llevaba sus documentos en un bolsillo. Era joven y también bien parecido. También se llamaba Zobel.

Timbel murmuró:

—Alfred Zobel. Habrá que ver en qué compañía estaba asegurado…

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Trato de no pensar que la mujer que entró aquí con él era su propia hermana.

Intento no pensar en nada de momento porque hacerlo me produce vértigo.

—Tal vez fuera su hermana. Puedes estar equivocado.

Timbel sacudió la cabeza.

—No me equivoco. La vi sólo un segundo, pero su cara no se me ha olvidado. La recuerdo bien y era esa misma mujer de la fotografía.

—Dijiste que habías registrado el apartamento… —Sí.

—¿Te parece que todo está igual que como tú lo dejaste?

—Exactamente igual.

—De modo que sólo entraron aquí y ella le destrozó la garganta. Es una cosa demencial, increíble.

—Recuerda que cuando el gordo contó lo que había visto en el parque yo también dije lo mismo. Sin embargo, éste es el tercer cadáver que aparece en las mismas circunstancias… y se llama Zobel.

Campbell ya no le escuchaba. Había descolgado el teléfono y discó el número de su propia oficina.

Empezó a dar instrucciones para que los peritos acudieran a ese nuevo escenario de sangre y pesadilla. Pero de pronto se interrumpió, escuchando con creciente tensión.

—¡Repita eso! —exclamó al fin con voz ronca.

Max se volvió para prestar atención.

El policía parecía desbordado por las noticias que le facilitaban por el aparato.

—Está bien —jadeó al final—. Iré allí en cuanto pueda. Ocúpese de que venga alguien a esta dirección de inmediato. Y haga que la cosa se mantenga en secreto o le arrancaré la cabeza, sargento.

Colgó con brusquedad. Estaba tan pálido que su tez parecía de color gris.

—Otro —dijo en un susurro—. Ya son cuatro, Max.

—¿Quieres decir que hay otro tipo muerto en la mismas circunstancias, del mismo modo?

—Sí.

—¿Quién?

—Un tal Norman Garrick. Y es un socio de Zobel.

—¡Garrick! —Exclamó Timbel—. Eso no es posible… Yo hablé con él esta misma noche.

Fue quien me dio la dirección de este apartamento…

—¿Cuándo fue eso?

—No sé… hará unas dos horas poco más o menos.

—Dos horas… Según parece, hace dos horas que le mataron.

—¡Pero yo estaba allí y le deje vivo! No puede ser que le mataran cuando yo salí. No vi a nadie en las proximidades, ningún movimiento…

—Pues ahora está muerto y tiene la garganta como la de éste.

—¿Te das cuenta que todas las víctimas son de la familia Zobel, excepto el gordo?

Porque ese Norman Garrick puede considerarse también del círculo Zobel.

A Brown le mataron por lo que había visto, por no haber mantenido cerrada la boca con los reporteros. No me cabe ninguna duda que esos golpes dirigidos contra los Zobel obedecen a una idea común, lo que hace que haya llegado la hora de hablar con el viejo buitre.

Esperaron a que llegaran los expertos y Campbell disparó unas órdenes concretas antes de abandonar el apartamento seguido de Timbel. Como si saltaran de cadáver en cadáver, iban a enfrentarse con otro sangriento espectáculo de muerte y salvajismo.

* * *

El cadáver se diferenciaba poco de los anteriores.

Cuando llegaron se había llevado a cabo una buena parte de las tareas policiales en su tomo, y sólo esperaban la llegada del médico forense, mientras los agentes registraban rutinariamente la gran casa del muerto.

De pronto uno de ellos gritó:

—¡Vea esto, teniente!

Campbell acudió a donde estaba su subordinado. Éste le guió a un reducido cuarto cuya puerta quedaba disimulada con el recubrimiento de madera noble que decoraba toda la pared.

Timbel le siguió y vio una complicada instalación electrónica.

—Sistema de alarma —gruñó el teniente.

—Es algo más que eso, teniente… Fíjese, eso es una grabadora de video como las que utilizan en televisión. Debe haber un circuito cerrado de vigilancia, con cámaras ocultas que captan y registran todo lo que ven.

Campbell apenas podía creerlo. Una gran expectación se apoderó de él y gritó:

—¡Traigan un experto en estos sistemas de televisión! Estos aparatos están conectados y si las cámaras funcionan…

Se miraron Timbel y él incapaces de creer en tanta suerte.

Luego, el agente se fue disparado y Timbel comentó:

—Si Garrick conectó el sistema de alarma y vigilancia cuando yo salí…

—Tal vez ya estuviera conectado antes.

—No creo que lo tuviera en funcionamiento estando él en casa. De cualquier modo, si lo conecto después de mi salida tal vez tengamos una película de todo lo que pasó aquí desde mi marcha.

—Sería demasiada suerte… y la suerte no se prodiga para los policías.

El experto tardó casi una hora en llegar. Para entonces el cadáver había sido retirado y sólo quedaban en la casa dos hombres de Campbell, Timbel y el teniente.

—Ciertamente, el circuito está funcionando —dijo el técnico tan sólo ver los complejos aparatos—. Es de los mejores que se instalan, silencioso, hermético y sin pantallas, lo cual indica que sólo se utiliza para grabar imágenes cuando los habitantes de la casa están

ausentes. Quiero decir que no sirve para que el propietario pueda vigilar lo que ocurra directamente.

—Muy bien. Consígame la película impresionada que encuentre ahí.

—A ustedes les interesa ver lo que haya impresionado, ¿no?

—Por supuesto.

Entonces lo veremos antes de retirar la cinta…

El hombre manipuló en los controles. Un pequeño panel de la pared se descorrió apareciendo una reducida pantalla semejante a la de un televisor portátil.

—La reproductora, teniente. Ahora atención.

Apareció una imagen en la pantalla. La visión de la puerta del salón. Luego, por ella pasó Norman Garrick. Le vieron dar un vistazo a su reloj de pulsera. Desapareció y durante unos instantes la imagen siguió reflejando el mismo decorado, pero sin personaje.

De pronto la imagen cambió, mostrando una clara vista de la puerta de entrada. El experto dijo:

—Las cámaras se activan individualmente cuando alguien penetra en su campo…

Norman Garrick apareció en la pantalla. Abrió la puerta y entró una mujer.

Hablaban. Ella era joven, de cuerpo ampuloso. Vieron como la mujer pasaba junto al dueño de la casa y éste cerraba la puerta antes de seguirla.

De nuevo reapareció el salón. Un instante después los dos personajes entraron en el campo visual de la cámara y en consecuencia surgieron también en la pantalla. Hablaban.

De pronto ella se quitó el vestido. Timbel gruñó:

—Por lo menos, no se trata de Valentine…

—Cierra el pico.

El vestido fue arrojado sobre una butaca. Garrick decía algo con gestos nerviosos. Ella acabó de quitarse las ropas. El experto dijo entre dientes:

—Parece el principio de una película porno…

—Espere y verá la clase de película que tenemos entre manos, amigo —comentó Timbel, sombrío.

La mujer tendía los brazos. Decía algo. Garrick miraba una vez más su reloj. Luego, iba nacía ella y la rodeaba por la cintura con

sus brazos. La besaba.

La mujer apartaba la cabeza. Luego la bajaba violentamente y toda su cara se transformaba en una máscara demencial, mientras hundía sus dientes en la garganta de su víctima.

El técnico no pudo contener un grito de horror.

Timbel contenía hasta la respiración.

Veían correr la sangre a borbotones de la enorme desgarradura producida por aquella primera dentellada. La sangre saltaba sobre la piel desnuda de la mujer antes que ésta se precipitara de nuevo contra el cuello del hombre. Caían los dos al suelo debatiéndose, pero la mujer no cedía su presa.

Una y otra vez hincaba sus dientes en la garganta palpitante de Norman Garrick. Éste ya no se debatía.

Era una escena de horror delirante. El técnico lo veía sin poder despegar la mirada de aquel horror. El teniente y Timbel también miraban fascinados, porque ahora sabían que había realmente una mujer monstruo, una fiera sedienta de sangre…, un ser surgido del infierno para sembrar el horror y la muerte en toda la ciudad.

La escena demencial continuaba, con la víctima ya muerta, inmóvil, desangrándose, salpicando el rostro de la mujer lobo o lo que fuera que seguía pegada a él como una fiera hambrienta.

Instantes después alguien más penetró en el campo de la cámara. Era otra mujer, alta y esbelta, vestida con una extraña túnica.

La recién llegada se acercaba a la otra, recogía las ropas esparcidas aquí y allá, indiferente a lo que sucedía a dos pasos de ella.

Después, atrapaba por los cabellos a la asesina y la obligaba a levantarse con violencia.

A empujones la llevaba hacia la puerta. Cambiaba la imagen y mostraba la entrada de la casa. Las dos mujeres salían, una vestida con una túnica… La otra vestida sólo con sangre.

—Pare la película —dijo Campbell con un hilo de voz.

—Hay más cosas…

—Las veremos después. Debe registrar la llegada de la sirvienta, y de los policías.

—Bueno, ahora sabemos que no se trata de una fantasía. Hay que buscar un monstruo. Campbell —dijo Timbel.

—¿Uno?

—Acabas de verlo…

—Y he visto a la otra fulana… ¿Qué diablos era lo que vestía?

—Un sari hindú. También ella parecía india.

—La cazaremos también… Pero lo que esta cinta nos ha mostrado sucedió con un escaso intervalo de tiempo hasta que Alfred Zobel fue asesinado también. ¿Crees que fue obra de esta misma mujer?

—Si tenía un auto preparado…

—Ni así. No se puede viajar por la ciudad cubierto de sangre. Y desnuda, además.

Necesitaba arreglarse, bañarse… Demasiado tiempo.

—Lo que nos llevará a la conclusión de que hay dos mujeres lobo, para llamarlas de alguna manera.

Campbell asintió, descorazonado.

—No voy a poder mantener ese secreto por más tiempo. Es preciso dar órdenes de captura, distribuir fotografías de esas dos mujeres que hemos visto, de la otra que tú aseguras que entró en su apartamento… Nadie podría mantener eso en secreto de ahora en adelante.

—Dale publicidad —gruñó Timbel—. Publica fotografías y lanza a los cuatro vientos que una hija de Zobel está asesinando a sus propios hermanos a dentelladas. Quince minutos después de que lo hayas hecho te encontrarás en la calle y Zobel te habrá machacado hasta hacerte pedazos.

Campbell lo pensó ensombrecido por todo lo que se le venía encima.

—Hablaré con Zobel —decidió—. Esta misma noche, y si es preciso le haré ver esta película. ¿Podría conseguir usted un aparato portátil para reproducirla?

—Por supuesto —murmuró el técnico, lívido—. Pero me resisto a creer que…

—No necesita creerlo —le atajó el policía—. Sólo haga su trabajo y deje lo demás para nosotros. Y no vomite sobre el aparato si pasa esa locura otra vez.

Se fueron en busca de Thomas Zobel, el todopoderoso financiero cuyos tentáculos llegaban hasta el mismísimo gobierno federal…

CAPÍTULO IX

THOMAS ZOBEL había rebasado la frontera de los ochenta años, pero por alguna razón conservaba la misma dureza que le había hecho odioso a lo largo de toda su vida. Un cuerpo delgado todo fibra, una cabeza orgullosa, cubierta de ralo cabello blanco y unos ojos que fulguraban en medio de un mar de arrugas le conferían una presencia inquietante.

A pesar de los golpes que acababan de asestarle con la muerte de sus dos hijos y el rapto de Valentine, se dominaba lo suficiente para replicar con voz seca y furiosa:

—Les he recibido porque pensé que la policía había decidido al fin trabajar de una vez en este caso. Pero nadie me dijo que este individuo estaba mezclado en un asunto que me concierne tan de cerca.

Lo de «individuo» iba por Timbel. El viejo añadió:

—Salgan de esta casa, teniente, y no vuelvan. El FBI está llevando la investigación y no pienso que una interferencia de ustedes sea beneficiosa para nadie.

Campbell estaba impresionado. Sabía todo el poder que se ocultaba detrás de aquel hombre que reunía en sus manos una fortuna incalculable, Pero Timbel experimentaba otra clase de sentimientos.

—Le quedan dos hijos más, señor —dijo con voz tan cortante como la de Zobel—. Si no estamos equivocados, están sentenciados a muerte también y todo cuanto estamos haciendo as para salvarlos y acabar con esta pesadilla.

—Antes de permitirle a usted…

—¡Al infierno con su permiso! Trabajo para una compañía de seguros, no para usted ni para el Gobierno No podrá manejarme, Zobel. Ya no esta vez. Y déjeme decirle algo más…

Tenemos fundadas sospechas de que por alguna razón

inexplicable todavía es su propia hija Valentine quien está cometiendo parte de esos crímenes.

El rostro del potentado se contrajo en una salvaje mueca de ira. Levantó la mano y se precipitó contra Timbel como un demonio enfurecido.

Timbel esquivó el primer golpe y luego se revolvió como una serpiente. Atrapó el brazo del viejo que ya se alzaba otra vez y le inmovilizó con una brutal presa que le arrancó un aullido de dolor y cólera.

—¡Maldito sea, Zobel! —Rechinó el detective—. No me exaspere porque le haré pedazos a pesar de su poder Su hija ha matado a su hijo Alfred casi ante mis narices. Una mujer que responde a la descripción de Valentine mató a su otro hijo Johnny en el parque. Métase esto en su maldito cerebro de una vez y piense que todo lo que sus hijos son ahora se lo deben a usted.

—¡Suélteme!

Campbell gruñó:

—Suéltale, Max. No tienes ningún derecho a utilizar la violencia.

—Ni él tampoco.

Se apartó del millonario. Zobel se frotó el dolorido brazo y luego descolgó el teléfono.

—El FBI sabrá cómo tratarles por su interferencia…

Timbel descargó un puñetazo sobre el aparato cortando la comunicación.

—Eso lo hará más tarde, cuando hayamos terminado nosotros.

Por unos instantes Zobel le miró con toda la furia del mundo burbujeando en sus pupilas sin conseguir que Timbel desviara su mirada.

Fue como un duelo de voluntades. Venció Timbel.

—Muy bien —dijo Zobel rechinando los dientes—. Quedará tiempo sobrado para hundirles hasta el infierno. A los dos.

—Antes se hundirá toda su familia en un infierno de sangre. ¿Dónde están ahora sus dos hijos, lo sabe?

—Tienen edad suficiente para no necesitar avisarme cuando salen.

—Seguro. La edad es lo de menos. Su hijo ya era mayor cuando a sus diecinueve años atropelló a una muchacha menor y le detuve…

—¿Eso es todo?

—Prevéngales, Zobel. Particularmente, el aniquilamiento de su familia me deja indiferente, pero me encargaron un trabajo y lo haré incluso a su pesar. Sé que su hija no está en poder de ningún raptor porque la he visto esta misma noche en su propio apartamento. Cuando la encuentre, Zobel, la detendré para demostrar que está viva y luego habrá de dar muchas explicaciones para evadirse de los cargos de asesinato que se presentarán contra ella. ¿Ha comprendido?

—Fuera… ¡Fuera de aquí!

—Aún no. ¿Cuándo estuvo usted en la India, Zobel?

—Nunca estuve en la India. ¿Qué hueva estupidez se le ha ocurrido?

—¿Estuvo alguna vez su socio Garrick?

—¿Mi socio?

—El padre o el hijo. Los dos lo son si no estoy equivocado.

—Nunca viajaron a la India tampoco. Por lo menos el viejo Joseph. ¿Por qué diablos…?

Campbell habló con voz tensa.

—También el hijo de su socio ha sido asesinado esta noche, señor —dijo—. Por una mujer.

Zobel estuvo a punto de perder el control otra vez.

—¿Norman? —jadeó—. ¿Norman Garrick?

—Sí.

Timbel le observaba como un halcón a su presa.

—Alguien pretende aniquilarles a usted y a su socio. Por alguna razón han decidido asestarles los golpes donde más les duele, contra sus hijos. ¿Por qué, puede imaginar algún motivo?

—Ninguno.

—Piénselo, Zobel. A lo largo de su vida usted ha destruido hombres y fortunas, ha pisoteado a todo aquel que se interpuso en su camino. Ha sembrado el odio a mansalva y ahora recoge la cosecha… Alguien ha decidido pasarle la factura sin ninguna duda. ¿Quién, puede imaginarlo?

El viejo sacudió la cabeza. Campbell dijo:

—Recuerde que todo lo que queremos es ayudarle, señor…

—Yo no quiero ayudarle en absoluto —rectificó Timbel con voz que semejó el chirrido de una sierra—. Quiero ganarme medio

millón de dólares tan sólo. Nada más.

—¡Cierra la boca, Max!

—¡Al diablo! Ya he soportado bastante la humillación y el resentimiento durante estos años. Por mí pueden matarle hasta el gato, si no está asegurado en mi compañía, Zobel.

Giró sobre los talones y se dirigió a la puerta. Campbell inició una excusa y se interrumpió cuando el millonario dijo salvajemente:

—¡Largo de aquí usted también! Malditos… ¡Fuera!

El teniente maldijo en voz alta y trotó hasta alcanzar a Timbel junto a la salida.

—Buena la hiciste —dijo con resentimiento—. Ese hombre tenía derecho a nuestro respeto por lo menos.

—Al tuyo quizá. Aunque ya hablaremos de eso cuando te hayan cesado y estés en la calle.

Fueron hacia donde estaba el coche. Timbel lo puso en marcha y refunfuñó:

—Iremos a ver al viejo Garrick, Campbell. Pero esta vez sería una gran cosa llevar con nosotros al técnico y su equipo. ¿Crees que podrías localizarle a estas horas?

—Seguro.

—¿Qué sabes del socio de Zobel?

—Poco. Se llama Joseph Garrick y él y Thomas Zobel están juntos en los negocios desde siempre. Subieron juntos y juntos adquirieron ese imperio financiero que ahora manejan. Pero Garrick nunca hizo sombra a su socio. Parece que se mantuvo en un discreto segundo plano. Pero es tan duro como Zobel, según he oído decir.

—Veremos.

El coche se hundió en la niebla y cuando hubo desaparecido, una sombra oscura e imprecisa se despegó de un tupido seto.

La sombra caminó hacia la esquina. Había una lujosa furgoneta parada allí. Instantes después, la ranchera se puso en marcha alejándose también como un costoso fantasma mecánico entre la niebla.

CAPÍTULO X

«EL sol ardiente cayó sobre él y el niño lo sintió arder en su piel y recobró el conocimiento.

Estaba tendido en el suelo arenoso, cerca de unas rocas. Le habían atado las manos y los pies con unas correas mojadas sujetas a estacas clavadas en la tierra. El sol comenzaba a secar las correas y éstas se ponían cada vez más tirantes.

Los recuerdos despertaron también en su mente. Quiso gritar, rugir del dolor que le producían y su garganta le dolió como si tuviera en ella un cuchillo al rojo. Sólo pudo emitir un sordo quejido.

El sol secó las correas, tensándolas y haciendo que se hincaran en su carne, tiraran de sus miembros extendidos como una X y amenazaran con descoyuntarlos.

El dolor atroz le arrancó lágrimas y quejidos. Entonces miró a un lado y descubrió la blanca calavera del anciano enterrado en la arena que parecía observarle con sus cuencas vacías.

Era sólo un niño. Envejecido y lleno de odio, enloquecido de pánico y ansiando matar, pero sólo un niño desnudo bajo las llamas del sol.

Estaba llorando cuando los hombres aparecieron. Ya los conocía. Los odiaba hasta el infinito, sobre todo al que los mandaba. Al hombre del sombrero grande y el revólver, y los ojos helados que le miraban como si aquel chiquillo fuera su más mortal enemigo. Le habló sin que el niño comprendiera nada. Luego, el hombre que siempre cabalgaba junto al del sombrero se adelantó y derramó sobre el cuerpecito del chiquillo un tarro de miel.

Esperaron un largo tiempo, hasta que la primera hormiga llegó en descubierta hacia el agitado cuerpo del enloquecido niño. Entonces montaron en sus caballos y se fueron dejándole solo con la muerte.

Las hormigas estaban ahítas del anterior banquete. Tardaron en llegar prolongando así la atroz agonía. Primero se comieron la miel y algunas hincaron sus pinzas en la suave piel aceitunada. El niño aulló para sus adentros y vio correr el sol en el cegador firmamento.

Al crepúsculo todo su cuerpo se cubrió de insectos asesinos. Para entonces ya no quedaba miel y del hormiguero brotaba el grueso de la columna mortal.

Pronto corrió la sangre. Sintió las punzantes mordeduras en el rostro, en los labios, en toda su piel indefensa y de pronto recobró la voz a impulsos del dolor y el pánico y aulló bestialmente; ronco, lacerante grito que penetró por los huecos de la calavera próxima como si rebotara una y otra vez.

Siguió aullando cada vez más débilmente. Siguió muriendo poco a poco, todo él una llaga, un mar de sangre burbujeante de insectos carnívoros.

Hasta que, misericordiosamente, perdió el conocimiento. Ya no vio la sombra que se deslizaba por la tierra, ni oyó el sordo jadeo del oso hormiguero que llegó balanceándose sobre sus torpes patas. El animal tendió el hocico y su larga lengua retráctil comenzó a atrapar millares de hormigas. Una y otra vez, llenándose de su alimento preferido, diezmando el ejército de diminutos caníbales, hartándose.

Salvando al niño demasiado tarde. Salvándole la vida… Salvando un cuerpecito desfigurado, roído, atrozmente monstruoso, horrenda máscara palpitante en su agonía.

Ya había cerrado la noche cuando apareció aquella mujer desgreñada, arrugada y sucia cubierta de harapos.

Ella le liberó de las correas, le tomó en brazos sin una lágrima, acunándolo y profiriendo extrañas palabras en su idioma natal…, palabras que hablaban de rencor y de muerte, de venganza y de sangre».

* * *

Oyó abrirse una puerta a sus espaldas y no se volvió. Dentro de la habitación en tinieblas la atmósfera era densa y pesada.

Una voz susurró:

—¿Te sientes bien. Jain Rattan Bai?

—Sí, Raj Rani, estoy bien.

—¿Sabes dónde está Kanta?

—Fuera. Vendrá más tarde, con uno de ellos.

—¿El viejo?

Los dientes de él rechinaron.

—No, el viejo aún no. Es dulce la larga espera, Raj Rani. Dulce y excitante como el amor de una mujer… —se interrumpió cuando su voz pareció quebrarse en una especie de ronco sollozo—. Esperé una larga vida…, puedo esperar un poco más. Esperar lo que nunca tuve.

Una mano fría, seca como un sarmiento se apoyó en su brazo.

—Ya falta poco, mi pequeño Jain Rattan Bai. Poco para alcanzar la plenitud, el poder sobre la vida y la muerte.

—Todo lo he recibido de ti.

—Menos lo que más necesitaste —dijo la voz de mujer, débil, cascada y ronca—. Eso, Rattan Bai, no lo has podido gozar nunca.

—Sí, Raj Rani, lo he vivido también.

—¿Tú?

—¡Con la muerte! —gimió él—. Con una muerte…

Un silencio espantoso siguió a su desgarrador lamento. La mano que se apoyaba en su brazo semejante a una garra de puro hueso y piel se aflojó desprendiéndose lentamente.

Detrás de él, la mujer invisible en la oscuridad comenzó a llorar amargamente. Semejó el llanto pétreo de un ídolo horrendo que surgiera de las profundidades del tiempo y de la muerte. No expresaba dolor ni angustia, sólo amargura quizá, frustración y horror.

De pronto, en la pared invisible por la oscuridad parpadeó un pequeño bulbo rojo.

La mujer dejó de llorar. El hombre dijo:

—Ya están aquí, Raj Rani. Esta vez tú podrás gozar de tu obra y Saltiabala Ran también.

El bulbo rojo se apagó después de unos segundos. Raj Rani susurró:

—Hay que acabar pronto, Jai Rattan Bai. No es bueno prolongar el poder que salió de las sombras. Debe volver al pozo del tiempo y entonces vivirás en paz.

—Ése es ahora mi poder.

—Pero no lo prolongues.

—Vete ahora. Dale tiempo a Kanta y luego baja al templo.

La mujer se fue arrastrando los pies. El hombre corrió las cortinas de la ventana más allá de la cual se extendía la ciudad y también abandonó el cuarto en tinieblas, aunque no utilizó esta vez el ascensor sino que descendió un corto tramo de escaleras…

CAPÍTULO XI

JOSEPH GARRICK era muy parecido a Zobel en cuanto a edad y apariencia, pero su quebrantada salud le había debilitado incluso el indomable carácter implacable y despiadado que le había respaldado a lo largo de su vida.

No obstante, aún le quedaban energías suficientes para escuchar aquella atroz revelación sin descomponerse.

—Mi hijo —murmuró cuando el teniente Campbell calló—. ¿Por qué lo han matado? Él nunca fue como yo… tenía otra personalidad y trataba bien a la gente… era apreciado…

—Fue una mujer, señor —dijo Campbell.

—¿Una mujer?

—Uno de los sirvientes la ha identificado por unos fotogramas de una película. Se llama Sandra y era amante de su hijo.

—Pero…

Timbel dijo, interrumpiéndole:

—Señor Garrick, tenemos evidencias de que alguien intenta aniquilar a la familia Zobel y también a la de usted. ¿Qué otros miembros la componen, además de su hijo Norman?

—Nadie más. Mi esposa murió hace años. Y no tengo otros hijos. Sólo me quedaba Norman. Pero no comprendo lo que quiere decir, señor.

—Han asesinado a dos hijos de Zobel, y su hija Valentine ha desaparecido.

—Es tremendo…, horrible. ¿Quién puede haber…?

—¿Estuvo usted en la India alguna vez?

La seca pregunta hizo levantar la cabeza al anciano.

—Nunca —murmuró—. Jamás me gustó viajar.

—¿Y su hijo?

—Tampoco, puedo asegurarlo.

Se cubrió la cara con las manos y permaneció en silencio.

Timbel volvió a la carga.

—¿Hicieron negocios alguna vez con empresas de la India? Piénselo, es importante.

—Tal vez se realizara alguno…, lo ignoro. Tenemos multitud de firmas comerciales, industriales… No sé…

—¿Conocía usted a esa Sandra de que le he hablado?

—No, pero sabía de su existencia en la vida de mi hijo.

—¿No sabía si una mujer hindú tenía también alguna relación con él?

—No lo creo…

Campbell hizo una seña a Timbel y dijo:

—Vamos a mostrarle unos fotogramas, señor. Verá a esa mujer de que le hablamos. Intente recordar si la vio alguna vez, si su hijo tenía algún contacto con ella o si la llevó a alguna fiesta con él. Estamos convencidos de que ella conocía perfectamente la casa de su hijo.

El policía salió. En la biblioteca, el técnico había preparado su equipo. Campbell gruñó:

—No podemos mostrarle esas horribles escenas, no lo resistiría. Pero quiero que vea a la mujer india que entró al final. ¿Puede arreglarlo sin que vea nada más?

—Deme unos minutos y luego tráigalo aquí.

Campbell regresó al salón donde Timbel fumaba ensimismado. El arrugado rostro del millonario expresaba ahora el dolor y la pena que le torturaba. Realmente no era tan duro como Zobel ni mucho menos.

—Por favor, hemos preparado un aparato en su biblioteca para que vea usted a la mujer que nos interesa.

Si pudiésemos localizarla atraparíamos también a la asesina de su hijo.

—Pero no podrían devolverle la vida a Norman…

Timbel y el policía cambiaron una mirada.

El anciano se levantó pesadamente. Le acompañaron a la biblioteca y el técnico hizo un gesto de asentimiento a la muda pregunta del teniente.

Una pequeña pantalla se iluminó. La escena del salón donde se cometiera el atroz crimen apareció, con una negra sombra velando las figuras del hombre y la mujer tendidos en el suelo. La imagen

inmóvil mostraba tan sólo las manchas de sangre, las prendas desordenadas de mujer, y la joven cubierta por el Sari. El rostro de ésta era perfectamente visible.

—Mírela, señor Garrick. Fíjese bien en ella…

El anciano se inclinó. Le vieron ponerse rígido y estremecerse de pronto violentamente.

—Es imposible —jadeó sin voz—. Una alucinación… ¿Podría aproximar esa imagen?

El técnico manipuló en sus controles. El rostro muy bello de la muchacha hindú surgió entonces en primer plano. Aunque se notaba un poco el grano amplificado del fotograma, la cara era clara y perfectamente delineada.

El anciano fue incapaz de contener el grito de espanto que surgió, incontenible, de su garganta.

—¡Dios! —jadeó—. ¡Es imposible…, no tiene más de veinticinco años…!

—¿La conoce?

—Ella…, ella…

—¿Sí? —Se impacientó Timbel.

El viejo retrocedió huyendo de aquel rostro hermoso de piel aceitunada.

—¡Quítenla de mi vista! —jadeó—. ¡He luchado toda mi vida por olvidar esa cara…!

—¡Cálmese!

—¡Nunca lo conseguí! Llamen a Zobel…, quiero que la vea…

—Háblenos de ella primero.

Sacudió la cabeza, obstinado, espantado.

—Llamen a Zobel. Necesito hablarle, que vea a esta mujer… ¡Llámenlo!

—De acuerdo —dijo Campbell—. Haremos que venga aquí.

Descolgó el teléfono y marcó el número del millonario. Tardó mucho tiempo en convencer a Zobel, y quizá no lo hubiera conseguido de no mediar la súplica de su socio.

Tardó una hora en llegar y cuando cruzó la puerta del salón hervía de cólera.

—Hablé con Washington —dijo de entrada—. Pronto lamentarán haberme conocido.

—Yo lo lamenté hace años —dijo Timbel—. Pero ahora el

destino le pasa la factura, Zobel.

—¡Cállese! ¿Qué demonios te pasa para tanta urgencia, Joseph?

Garrick le miró larga, profundamente. De pronto dijo:

—¿Olvidaste el pasado, Thomas, pudiste olvidarlo tan completamente como siempre alardeaste?

—¿A qué viene eso ahora?

—Quiero que veas algo… Muéstrenle esa foto.

—Venga, señor —dijo Campbell—. Es cuestión de un minuto.

Les siguieron hacia la biblioteca. Zobel gruñía con voz sorda, colérico.

El policía hizo una seña al técnico y la imagen apareció en la pantalla. La imagen de aquel bello rostro exótico.

Garrick susurró:

—¿La recuerdas?

Zobel se inclinó hacia adelante.

—Maldito si sé de qué estás hablando. ¿Quién es esta fulana?

—Debes recordar… La reconocí en cuanto la vi…

Zobel volvió a examinar la cara de la pantalla. Frunció el ceño. De pronto se sobresaltó y dejó escapar un bufido.

—Se parece —dijo entre dientes—. Pero todo esto es un truco. Eres un viejo chocho que ya no sirve para nada. ¿A quién le contaste viejos cuentos, idiota de los demonios?

—A nadie. Nunca. Pero ella está aquí.

Señalaba la pantalla.

Zobel rugió de ira.

—¡No, maldita sea! Es un truco de esos dos malditos entrometidos.

—¿Cómo pudieron saber cómo era ella?

—No lo saben… Han pasado casi sesenta años desde entonces. ¿Cómo quieres que ella esté aquí, ha resucitado, ha vuelto del infierno? Estás loco y te aconsejo que olvides esta estupidez y eches a esos dos monos de aquí, Joseph.

Timbel rechinó los dientes. En voz baja le dijo a Campbell:

—Lleva al viejo Garrick al salón y quédate con él.

—Escucha…

—Haz lo que te digo.

Tras una vacilación, el policía obedeció. Timbel esperó a que hubieran salido y entonces dijo:

—Pase toda la película, por favor. El señor Zobel tiene derecho a gozar de esta obra de arte.

—¿Qué película? —Gruñó el millonario.

—Ahora la verá.

Zobel pareció dispuesto a negarse, pero acabó hundiéndose en una butaca. La curiosidad fue más fuerte que su despecho.

En la pequeña pantalla se inició la representación de aquellas escenas demenciales.

Cuando la sangre pareció desbordar incluso la pantalla, Zobel emitió un quejido y apartándose vomitó en un rincón.

Estaba lívido, con la tez verdosa, cuando el técnico apagó el aparato.

—¿Qué le parece, Zobel? —rechinó Timbel salvajemente.

El potentado sólo le miró. Fue incapaz de hablar. Sus ojos parecían los de un loco.

Se dirigió tambaleándose a la puerta.

—Mis hijos —susurró.

—Murieron así.

Se volvió antes de salir, vencido, derrotado.

—Los que quedan —gimió—. Los vivos… Usted dijo que estaban sentenciados…

—No me cabe ninguna duda. Localíceles y dese prisa. Tarde o temprano el destino estaba obligado a pasarle la cuenta, Zobel.

Aún estaba hablando cuando el viejo echó a correr desapareciendo más allá de la puerta.

El técnico farfulló con voz ahogada:

—No tenía usted derecho… ¿Qué clase de tipo es usted, Timbel?

—Cierre la boca, compañero.

Él también abandonó la biblioteca para reunirse con Campbell y el viejo Garrick.

—Y ahora, señor —dijo—, quizá quiera contarnos lo que sabe sobre esa muchacha hindú.

El millonario asintió, lívido, desbordado por algo que se le antojaba producto de una pesadilla inspirada por el demonio.

—Habré de remontarme a sesenta años atrás…

CAPÍTULO XII

CHARLES ZOBEL miró en torno y frunció el ceño.

—Vives en una casa muy desagradable, pequeña.

La muchacha vestía un sari de seda rojo sangre con una complicada cenefa ancha tejida en hilillos de oro. Era hermosa y extraña y esa mezcla le excitaba desde que la conociera esa misma noche.

—Esta casa pertenece a un pariente mío —explicó la muchacha—. Todo el edificio es suyo. Él ha vivido siempre aquí.

—¿Y tú?

—También.

—¿Y éste es tu dormitorio?

—No… Mi habitación está abajo. Iremos ahora.

—Estás poniendo las cosas muy difíciles, primor. Todo hubiera sido más fácil en mi apartamento. Es mucho más alegre que todo esto.

Charles era un joven petulante, endiosado. Los atropellos cometidos a lo largo de sus años no habían dejado huella en él, quizá porque siempre salió impune de todos ellos, respaldado y amparado por la fortuna de los Zobel, por la influencia y la brutalidad de su padre.

Intentó estrechar entre sus brazos a la muchacha, pero ella esquivó ágilmente.

—Por favor —susurró—, sólo cuando estemos en mi cuarto, Charles…

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Vea…

Descendieron un largo tramo de escaleras y desembocaron en el sótano. Él miró en torno, más sorprendido que alarmado.

—¿Qué diablos es todo esto? No me digas que vives en la alcantarilla. Nena, empiezo a…

—Estamos llegando, mira.

Un pedazo de muro se descorrió. Charles Zobel emitió un juramento y avanzó, intrigado.

Tras él el muro se cerró silenciosamente. Cuando se volvió, sobresaltado, advirtió que la muchacha no le había seguido.

Maldijo en voz alta y su voz rebotó por la ancha bóveda.

Miró en torno y vio el altar al fondo, con aquel horrible ídolo y la serpiente. Luego, su mirada cayó sobre los cuerpos cubiertos por negros sudarios.

El pánico comenzó a culebrear por sus nervios. Retrocedió intentando abrir aquel pedazo de muro que parecía tan sólido como una roca.

Entonces las hornacinas de los muros parecieron avivarse y el resplandor rojizo se hizo más intenso. Oyó un extraño rumor y volviéndose ahogó un alarido de espanto.

Bajo las negras mortajas, algo estaba agitándose, algo se movía.

Charles Zobel nunca había tenido ni sombra del valor de su padre. Su vida de vicio y corrupción no había sido tampoco la más idónea para cincelar un carácter fuerte.

De modo que entonces el terror le paralizó, helándole la sangre en las venas.

Golpeó aquella sólida puerta del muro con los puños y empezó a gritar sin saber qué decía.

Miró hacia atrás y se le erizó el cabello. Uno de los sudarios había caído al suelo al levantarse el cuerpo que había debajo. Era el cuerpo de una mujer joven, rígida, y también estaba rígida su cara, y su mirada. Era como si un cadáver se levantara después de muerto.

Eso era, pensó. Un cadáver. ¿Cómo si no explicar su rigidez?

La mujer era joven y él las había visto menos atractivas. Sin embargo, el frío glacial que culebreaba por sus venas le impidió toda apreciación erótica.

Nunca antes la había visto. Volvió a golpear la pared corrediza lastimándose los puños.

Después una voz procedente del altar dijo con tono apagado:

—No podrás salir de aquí. Zobel.

Se volvió en redondo. Ahora ya eran dos los cuerpos rígidos que estaban de pie junto a los camastros.

Pero ninguna de aquellas mujeres era quien había hablado.

Vio una figura pequeña y enjuta junto al altar. Cuando aquella mujeruca avanzó, Charles sintió un pánico atroz sacudirle como una descarga eléctrica.

Toda ella era un mar de arrugas. Su piel olivácea mostraba infinitas manchas oscuras y delgadas guedejas blancas salpicaban su cráneo casi pelado. Era imposible calcular ni remotamente la edad de semejante vejestorio. Confusamente, Charles Zobel pensó que era una bruja, porque si las brujas tuvieran una representación viviente en este mundo, sin duda tal honor le hubiera correspondido a la increíblemente vieja Raj Rani.

—¿Qué…, qué significa todo esto? —balbuceó Zobel.

—Tu muerte.

—¿Por qué? ¡Les pagaré…, les daré dinero, mucho dinero, pero déjenme salir de aquí!

—El dinero no te salvará.

—Entonces, ¿qué?

—Nada —fue la escueta respuesta.

Zobel se tambaleó. Sintió que las piernas le fallaban y hubo de apoyarse contra el recio muro.

No podía despegar la mirada de aquella atroz máscara arrugada que era la cara de la vieja. Jamás imaginó que pudiera existir tanta fealdad, algo tan repugnante como aquella mujeruca informe y retorcida por los años.

Cuando pudo evadir aquella suerte de fascinación y desvió los ojos lanzó un grito de estupor. Otro de los cuerpos tendidos se había levantado y estaba allí, rígido, inmóvil, indiferente.

—¡Sandra! —gimoteó—. ¿Qué…?

La cuarta mortaja cayó. Y otro cuerpo de mujer se irguió poco a poco, helado, hermoso y rígido.

—¡Valentine! —sollozó Charles.

Estaba volviéndose loco. Todo aquello no podía ser otra cosa que el fruto de una espantosa pesadilla.

Su propia hermana estaba allí, desnuda, inhumana en su frialdad, ¿cómo era posible?

Vio moverse entonces a las cuatro mujeres. Sus movimientos eran lentos, pausados, como proyectados a cámara lenta. Las cuatro se dirigían hacia él.

Charles no atinó a moverse. Las observó con mirada desorbitada, incrédulo, atenazado por el horror.

Le rodearon mirándole con aquellos ojos muertos y que, sin embargo, fulguraban de un modo extraño, demencial.

Intentó hablarle a su hermana, a Sandra. Decirles que cesaran en aquella increíble pesadilla. Entonces oyó una voz de hombre y por un instante desvió la mirada hacia el altar.

Efectivamente, había un hombre allí postrado de rodillas ante el diabólico ídolo. Le pareció que sollozaba. Iba vestido de negro y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Una cabeza lisa como un huevo, sin un solo cabello.

Aún estaba mirándole cuando Sandra saltó sobre él. Instintivamente, él levantó los brazos para protegerse sin saber muy bien de qué y los agudos dientes de la mujer se hundieron en su brazo como puñales.

Charles aulló como un animal atrapado en una trampa. Sacudió el brazo y su carne se desgarró librándose de aquella presa. Pero entonces otra de aquellas encarnaciones del mal le cayó encima y los dientes hicieron presa en su nuca, lacerándole con todo el dolor del mundo.

Sus alaridos retumbaron contra el techo y las paredes del sótano. Sandra le hundió los dientes en el hombro mientras él se debatía en un infierno de horror que casi apagaba el dolor infrahumano que le torturaba.

Sintió otra desgarradura en alguna parte. Eran como perros rabiosos, como lobos hambrientos que se hubieran propuesto despedazarle…

Unas manos como garras le sujetaron por los cabellos. Veía la sangre correr por las caras de aquellos monstruos. Tiraron de su cabeza hacia atrás.

Encontró de nuevo la voz y suplicó:

—¡Ayúdame, Valentine…!

La vio acercarse mientras le doblaban la cabeza. Vio los labios contraídos de Valentine, sus dientes afilados y brillantes…

Aquellos dientes descendieron hacia su indefensa garganta y Charles Zobel ya no pudo gritar más.

CAPÍTULO XIII

—SESENTA años atrás, esa reglón de Texas era apenas un desierto —siguió el viejo Garrick—. Nadie quiso vivir allí nunca, de modo que las tierras carentes de valor les fueron vendidas a un puñado de extranjeros. Eran descendientes de los chinos e hindúes que fueron traídos como esclavos para el tendido de ferrocarriles. Malvivían como podían.

Algunos poseían un rebaño de ovejas y la mayoría pasaban hambre. Entonces se descubrió petróleo en la región…

Timbel y el teniente cambiaron una mirada, pero no tuvieron oportunidad de hacer comentario alguno porque el viejo prosiguió:

—Vivían aparte del resto de la gente. Tenían sus propias costumbres, su propia religión. Pero carecían de protección, eran como animales para la mayoría de nosotros.

Zobel poseía un rancho y ya empezaba a ser importante. Empezó a comprarles sus tierras a un precio irrisorio, y el que se negaba a vender era apaleado y despojado de su propiedad sin contemplaciones. Recuerdo que casi todos vendieron…, excepto uno. Ése no sólo no vendió, sino que se defendió a tiros cuando pretendimos echarle. Eso exasperó a Zobel. Nos exasperó a todos…

—¿Era un hindú?

—Sí. Murió peleando y dejó a su mujer, dos hijos y una vieja indefensos en nuestras manos, más un anciano que apenas se tenía en pie. Lo recuerdo como si fuera ahora… Zobel estaba como loco y propuso un escarmiento que aquellos bastardos no olvidasen jamás… —calló un instante, estremecido por el recuerdo—. Quien no ha podido olvidarlo nunca he sido yo. El viejo fue enterrado en la arena cerca de un hormiguero de hormigas rojas. Lo devoraron en pocas horas. Aquellos gritos… ¡Los gritos del viejo y del niño atado a un árbol para que lo presenciara…!

Campbell se estremeció.

Timbel dijo:

—¿Los mataron a todos?

—Zobel nos entregó las mujeres. Una de ellas era muy joven, la viva imagen de esa que hemos visto en la película… Nosotros habíamos vivido como salvajes, sin mujeres, sin otro horizonte que un trabajo duro y agotador. Yo era el capataz de Zobel. Las dos mujeres murieron.

—Entiendo.

—Fue espantoso. Ese recuerdo ha estado royéndome el alma desde entonces… Y lo que Zobel hizo con el niño… Lo ató junto al mismo hormiguero que a su abuelo para que las hormigas le devorasen también. No pudo encontrar a la vieja, pero no nos importó.

Cuando volvimos a ver cómo había quedado, el chico ya no estaba allí. Alguien había cortado las correas, liberándolo. Nunca más supimos de él. Ése fue el comienzo de nuestro imperio, ¿comprendes? De aquellas tierras brotó petróleo en un volumen fabuloso y cimentó nuestra riqueza. La de Zobel y mía, porque por aquel entonces ya nos habíamos asociado.

—Bien, entonces posiblemente aquel niño de entonces es quien ha decidido vengarse ahora.

—Imposible…, sería un viejo si aún estuviera vivo.

—Zobel también es un viejo y a pesar de serlo es tan duro como el diamante —refunfuñó Timbel entre dientes—. Forzosamente todo está relacionado, como lo demuestra esa muchacha hindú, que debe ser una descendiente de aquella familia que ustedes asesinaron.

Campbell gruñó:

—Hay que localizar a los dos hijos que le quedan a Zobel. Ponerles sobre aviso y protegerles hasta que hayamos acabado con esta amenaza demencial.

Descolgó el teléfono y comunicó una vez más con Thomas Zobel.

—¿Encontró a sus hijos? —preguntó cuando el millonario respondió a la llamada.

—Sólo a uno, Morris. Está aquí ahora, pero nadie sabe dónde está Charles.

—Le buscaremos nosotros también. Sería interesante saber el modelo y la matrícula del coche que conduce, y conocer asimismo los lugares que frecuenta…

—Eso se lo dirá mejor mi hijo Morris.

Campbell esperó hasta que otra voz más firme dijo:

—¿Sigue ahí, teniente?

—Sí.

—Tome nota del coche…

Campbell anotó los datos valiéndose de una sola mano. Luego escuchó algunos nombres de *cabarets* y cuando el mayor de los hermanos Zobel calló, él dijo:

—No salga de casa, Zobel, y no deje entrar a nadie desconocido. Le enviaré dos agentes para que vigilen a su alrededor. ¿Comprende?

—Perfectamente, aunque espero que me aclaren todo esto para que pueda comprenderlo. Por lo poco que sé me parece una cosa de locos…

El policía colgó, para discar a continuación otro número. Dictó los datos del auto de Charles Zobel y dio órdenes para que fuera cribada toda la ciudad en su busca.

Cuando terminó, Timbel dijo, sombrío:

—Ese Charles fue el que detuve hace años. A mi modo de ver es el único que merecería acabar a manos de…

Se interrumpió ante el violento gesto de Campbell. El anciano había vuelto a cubrirse la cara con las manos y ni siquiera les respondió cuando se despidieron apresuradamente.

Una vez en el coche, Campbell masculló:

—Ya sabemos el motivo…, pero no el medio de que se valen para convertir a una mujer en un monstruo sediento de sangre. ¿Hipnosis tal vez?

—Pudiera ser, aunque he oído decir que por mucho que hipnotice a una persona no puede obligársele a cometer actos que vayan contra su propia voluntad.

—Si eso fuera cierto el misterio sería aún más terrible.

—¿Te llevo a tu despacho?

—Sí… Esperaré las noticias de los patrulleros. ¿Qué piensas de la historia que nos ha contado el viejo Garrick?

—Que es muy digna de Zobel. ¡Atar a un niño junto a un hormiguero de hormigas carnívoras! Maldito bastardo.

—Ahora está pagándolo, Max, y del modo que más puede dolerle.

A esas horas de la noche las oficinas de policía estaban tranquilas y silenciosas. Cuando entraron en el despacho de Campbell el teléfono de su mesa sonaba insistentemente.

—¡Aquí Campbell! —Gruñó por el auricular.

—Un auto-patrulla informa que han localizado ese coche, teniente.

—¿El «Cadillac» de Zobel?

—El mismo. Está parado frente a un edificio particular en Notting Drive. Los patrulleros esperan instrucciones y entretanto lo mantienen vigilado.

—Que obren con discreción. Salgo para allá… ¿Qué número es el de ese edificio?

—El 448.

Colgó con un suspiro.

—Ya tenemos el coche —dijo, encasquetándose otra vez el sombrero—. Quizá el joven Zobel esté dedicado a sus juegos depravados, pero en cualquier caso lo comprobaremos.

—¿Vamos en tu coche o en el mío?

—El tuyo. Será más discreto.

El «Cadillac» de Zobel estaba parado delante de la lujosa entrada de un edificio de siete plantas. Uno de los patrulleros comentó cuando el teniente y Timbel se hubieron presentado:

—Nadie ha entrado ni salido desde que estamos aquí, teniente.

—¿Saben a quién pertenece esta casa, o quién vive en ella?

—No, señor.

—Traten de averiguarlo. Nosotros nos quedaremos aquí. Si obtienen el informe que me lo comuniquen cuanto antes.

Los patrulleros se fueron. Timbel buscó una postura cómoda en el asiento y comentó:

—Eso puede llevarnos mucho tiempo…

—En nuestro trabajo el tiempo carece de valor en la mayoría de ocasiones.

—¡Eh, mira eso! —exclamó Timbel, enderezándose.

En la puerta del edificio había aparecido una mujer. La escasa luz del farol más próximo permitía ver que vestía una túnica larga hasta los pies, pero nada más.

—Te apuesto que es la dama del sari —dijo Timbel saltando del coche.

—¡Espera!

Pero Max ya se alejaba a buen paso. La joven miró arriba y abajo y luego se encaminó hacia el «Cadillac».

Timbel se colocó a su lado cuando abría la portezuela.

—Si decides dar un paseo lo harás con acompañantes, encanto.

—¡Suélteme!

Campbell se acercaba a paso de carga.

—¿Dónde está el propietario de este coche?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Tienes las llaves. Te disponías a llevártelo de aquí y pretendes que me crea ese cuento. ¿Está ahí, en esta casa?

—Vaya y registre, polizonte.

—Lo haremos, eso puedes jurarlo. Pero podrías ahorrarnos mucho trabajo si decidieras colaborar.

Ella sacudió orgullosamente la cabeza.

Campbell abrió la portezuela posterior.

—Entre ahí —ordenó sacando las esposas—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Cerró uno de los aros en la muñeca de la joven y el otro en el arco de fijación del cinto de seguridad.

—Así te encontraremos aquí cuando hayamos terminado —comentó Timbel.

Tras esto se dirigieron a la casa. La muchacha no había cerrado la puerta y se internaron en la oscuridad.

Descubrir la escalera del sótano les llevó poco tiempo y les distrajo de su primitiva idea, que consistía en ir subiendo hacia arriba en su búsqueda Charles Zobel.

—Si lo tienen atrapado lógicamente estará en lugar seguro. ¿Y qué lugar más seguro que un sótano profundo? —dijo Timbel lanzándose escaleras abajo.

El sótano no parecía contener misterio alguno. Era como tantos otros que albergaban trastos inservibles y las calderas de calefacción y agua caliente.

—El edificio es enorme —refunfuñó Campbell—. Puede llevamos días registrarlo palmo a palmo…

Se interrumpió al oír el chasquido a sus espaldas. Cuando se volvieron, el muro estaba deslizándose mostrando el otro sótano y a la mujer increíblemente vieja que salía.

De un salto Timbel pasó junto a la mujer, seguido por Campbell. Sólo que se detuvieron en seco ante el horrendo despojo que yacía en el suelo de piedra sumergido en su propia sangre.

Timbel vio las mujeres tendidas en los camastros. Estaban cubiertas de sangre y parecían dormir.

Campbell boqueó ante lo que tenía a sus pies. En esta ocasión la víctima había sido materialmente destrozada. No se habían contentado con desgarrarle la cara solamente.

Hasta que se movió no descubrieron al hombre del altar. Vestía de negro y estaba de espaldas a ellos murmurando frases ininteligibles.

—¡Eh, usted! —Gritó el teniente—. ¡Venga aquí!

—Mejor ocúpate de ellas… ¡Mira!

Las cuatro mujeres cubiertas de sangre se levantaban como manejadas por una voluntad superior, demencial. El policía tenía el revólver en la mano y parecía no saber qué hacer con él.

Entonces reconocieron a Valentine Zobel. Timbel contuvo el aliento y Campbell barbotó:

—¡Ésa es la mujer de la película!

—Seguro que sí. Y esa otra la que yo andaba buscando, fa misma que vi en su apartamento. Pero no me gusta lo que pienso…

—¿Qué?

—Acaban de despedazar a Zobel júnior número tres. Y no parece que alberguen buenos deseos respecto a nosotros.

—Ya lo veo. ¡Eh, usted, maldito sea, deténgalas o disparo!

El hombre vestido de negro siguió inmóvil junto al altar, dándoles la espalda.

La primera de las mujeres llegó ame Campbell. Timbel volteó el brazo y la golpeó sin contemplaciones enviándola contra los camastros dando tumbos.

Las otras no alteraron el paso. Siguieron avanzando para rodearles.

La que había caído junto a los camastros se levantaba con aparente indiferencia.

Timbel comenzó a preocuparse de veras.

—¡Dispara, teniente, o no saldremos de aquí!

—¿Cómo voy a disparar contra mujeres desarmadas, hombre?

Sandra saltó entonces. Sus dientes se clavaron en el hombro de

Campbell cuando este quiso esquivar. El policía rugió de dolor y notó cómo el pánico culebreaba por sus sentidos.

Forcejeó desesperadamente y perdió el revólver porque el brazo le había quedado sin fuerzas. Sentía un agudo dolor en el hombro mientras otras de aquellas arpías intentaba sujetarle.

Timbel se arrojó a donde había caído el revólver. Lo atrapó de un zarpazo y entonces sintió unas garras que le sujetaban por los cabellos, tirando hacia arriba de él.

Se revolvió desesperadamente. Vio la cara cubierta de sangre de aquella mujer frente a la suya, y los dientes bajo los contraídos labios. Levantó el revólver y apretó el gatillo.

Las garras que le sujetaban se aflojaron y el proyectil empujó a la mujer hacia atrás. Él se levantó de un salto y oyó los gritos de Campbell.

Le habían sujetado y Valentine se inclinaba ya sobre su cuello. Timbel disparó de nuevo y Valentine cayó con una pierna atravesada.

Las otras parecían indiferentes a la muerte de sus compañeras. Todo su interés se centraba en el hombre que intentaban sujetar.

Campbell descargó un trallazo contra Sandra y la mujer se fue rodando hacia el muro.

La otra hundió la cabeza hacia él, buscándole la garganta con sus dientes.

Timbel disparó contra ella sin vacilar y Campbell se vio libre, pero hubo de enfrentarse a Sandra que volvía a la carga.

Fuera de sí, sangrando, enloquecido, el policía rugió:

—¡Dispara, Max, mátala…!

Hubo de retroceder de un brinco porque ella alargaba las manos como garras para atraparlo.

Max disparó y la bala rompió la pierna derecha de aquella mujer, que cayó incapaz de sostenerse sobre su pierna rota. Pero parecían insensibles al dolor.

Timbel se volvió hacia el hombre del altar.

—¡Venga aquí! —gritó—. ¡Venga o le clavo dónde está!

Tras una vacilación el hombre giró sobre sus pies.

Oyeron correrse el mamparo y la vieja Raj Rani entró. Parecía que sus piernas apenas la sostenían.

—¡Huye, Jain, huye! —chilló con su voz cascada.

El hombre de negro avanzaba con calma. De pronto, la luz rojiza le dio de lleno en el rostro y Timbel no pudo contener un grito de horror.

Aquella cara no podía pertenecer a un ser humano. Era un amasijo informe, descabellado, sin un solo rasgo de hombre. Un solo ojo relampagueaba al fondo de una pupila sin párpados. El otro ojo era sólo un abultamiento rojizo. La nariz era puro hueso y no tenía labios apenas, mostrando las encías y los dientes, y en el mentón parecía como si el hueso fuera a asomar entre los pliegues de piel revuelta y apergaminada.

—No les gusta verme —dijo aquella carátula—. Yo he vivido sesenta años viéndome así. Me doy asco a mí mismo.

La vieja pasó junto a los dos hombres y cerró el paso del monstruo. Éste la apartó suavemente y alargó las manos mostrándolas a Timbel.

—También mis manos… Nunca acariciaron una mujer. ¡Mírelas!

Como fascinado. Max las miró. Eran descarriadas, simples garras huesudas que temblaban violentamente.

Sobreponiéndose a duras penas jadeó:

—¿Quién es usted?

—Jain Rattan Bai.

—¡Dios! Ese nombre…

Campbell boqueó, ahogándose:

—¡El niño del hormiguero!

Jain se estremeció.

—Lo saben… ¡Sí, ésa es la obra de las malditas hormigas asesinas! Nunca debieron salvarme de ellas… Toda mi vida he arrastrado este horror conmigo. He vivido solo como un perro rabioso alimentando el odio y las ansias de venganza. Pero aquí, en la ciudad, no hay hormigueros gigantes donde hundir a Zobel…, a toda la dinastía Zobel…

—Pudo denunciarle… —balbuceó Campbell.

—¿A Thomas Zobel? Se habrían reído de mí, de un hombre de otra raza, de un hombre inferior…

—Tal vez sea cierto —dijo Max—. Pero el daño que usted ha hecho le recompensa con creces a mi modo de ver. ¿Qué hizo con esas mujeres, son una especie de zombies, o están bajo hipnosis…?

—Mi viejo país está lleno de secretos que los blancos no

pudieron robar. La vieja Raj Rani me ayudó a desentrañarlos…

—Nada de brujerías —dijo Timbel—. Debe haber una explicación racional y científica para ese fenómeno.

—Habrán de buscarla si no me creen.

—Usted nos lo dirá, Rattan Bai.

—Ya no… ustedes llegaron demasiado pronto. Esperé tanto tiempo…

Aquella horrible máscara se contrajo de pronto y una espuma sucia brotó de entre sus dientes. Todo el cuerpo vestido de negro sufrió una violenta sacudida y luego cayó hecho un ovillo.

—¡Se envenenó! —dijo Campbell ahogándose.

Un grito desgarrador de la vieja Raj Rani casi les hizo dar un brinco. La vieron precipitarse sobre el cuerpo sin vida de su protegido, de aquel que en parte era su obra, por quien había vivido, por quien habían desenterrado de un tenebroso pasado el terror y la muerte. Su única razón de vivir yacía ahora, muerto, en sus brazos.

El policía y Timbel se miraron horrorizados por toda aquella pesadilla. Hasta que Max refunfuñó:

—Busca un teléfono y llama a tu gente. Hay que llevar a esas dos mujeres al hospital y terminar con este asunto de una vez.

—¡Mira!

Se volvió. Raj Rani había caído de bruces sobre el horrible rostro, de su protegido.

Como si quisiera continuar protegiéndole en el Más Allá, ella también había muerto.

—Esto es Cosa del infierno —farfulló Campbell dirigiéndose a la puerta—. Vigila que no haya más sorpresas aquí abajo.

Se fue y Timbel dio un vistazo a las dos jóvenes heridas.

No parecían sentir ningún dolor. Las otras estaban desangrándose lentamente…

* * *

Sobre el lecho del hospital, Valentine Zobel miraba fijamente al techo, indiferente a cuanto la rodeaba. La habían curado, la habían examinado multitud de especialistas y los más eminentes neurólogos.

Al fin estaba sola, inmóvil. Entonces se abrió la puerta y entró el vicio Zobel.

—Valentine… —susurró.

Ella ladeó la cabeza y sus ojos sombríos miraron al hombre sin expresión alguna.

Zobel ahogó un sollozo.

—Hijita…, te pondrás bien, estoy seguro.

Tampoco obtuvo respuesta. Angustiado se inclinó sobre ella.

—¿Qué hicieron contigo? —balbuceó lleno de angustia, una angustia infinita como nunca había experimentado—. Por favor, respóndeme… Soy tu padre…

Acabó de inclinarse para besarla. Así no vio los ojos de ella fijos en su garganta, ni los dientes blancos y agudos como puñales que se abrían como las fauces de un lobo…

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en novela de acción reportaje, narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó entre otros muchos, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron (en terror y policiaco), Gordon Lumas (para las novelas del oeste).